

NORTE

REVISTA TEÓRICA SOCIALISTA



● AÑO I ● AGOSTO ● NÚM. 1 ●

PRECIO: 3 PTAS.

MBRE

GANDA DE

OS D U L A S

Ni programa, ni promesa. Los socialistas solo se obligan cuando pueden cumplir. Lo mínimo no nos basta, a lo máximo podemos, no nos podemos, en cambio, comprometer. La guerra tiene muchas exigencias. A ella lo subordina todo nuestro Partido. Primero y lo demás, por ahora, es lo de menos. La guerra solo nos dejó tiempo para publicar lo indispensable: las hojas diarias, de información y mación, de noticias y de consejos, de referencias y de arengas. Desde hoy nos tomamos una pequeña licencia para alumbrar esta Revista para preparar unos libros y folletos cuya publicación estimamos necesaria. Esa licencia puede caducar por imperativos de la lucha. Nuestro Partido no quiere indispensables. No los tiene. No los tendrá. Y la voluntad entusiasta de sus veteranos se absorbe, íntegra, en esta guerra. Que no son exclusivamente los esfuerzos de los tiradores. Que son, también: vigilar e intensificar el apoyo de los compañeros internacionales, reforzar la voz del deber en conciencias correligionarias que gobiernan más allá de nuestras fronteras, recabar auxilio para los heridos, para nuestras mujeres, para nuestros hijos. Que son muchas otras cosas de excepcional importancia.

Empieza la publicación. Sin alardes. Modesta, como socialista. Aspira a enseñar. Y a distraer. A enseñar distrayendo. Procurará exponer nuestras verdades, las verdades inmutables de nuestra doctrina científica, con claridad y sencillez. Tratará de extraer lecciones de la experiencia y, sobre todo, de la trágica experiencia que vive nuestro pueblo. Queremos discutir todo lo que merezca discusión. Con libertad para todas las ideas y para todos los hombres respetables. Evitando lo que pueda separar y multiplicando lo que pueda aproximar a los antifascistas, de cuya unión depende la victoria. Guardando cariño y fervor - a nadie le extrañe el distinguo - para la U. G. T., la S. U. gloriosa fundada, inspirada y engrandecida por los hombres de nuestro Partido.

En la España anterior a 1936 no hablaba el que necesitaba hablar, sino el que lograba tribuna que le sirviera de pedestal. En la España de hoy tampoco hablan exclusivamente los que tienen algo que decir. Intervienen demasiado los que solo pretenden lucir. Nosotros, hoy como ayer, tan lejos de los nuevos ricos como de los ricos viejos, publicamos una Revista sin pretensiones. Es decir, con una sola pretensión: dar a que el pueblo español enriquezca su preparación por medio del conocimiento del Socialismo y por el estudio que de los problemas hacen los socialistas, con objeto de contribuir a capacitarle para la grandiosa tarea que le ha reservado la historia: Reconstruir material y espiritualmente nuestra Patria.

Nada más. Y nada menos.

EL NORTE

REVISTA SOCIALISTA

TEORÍA

OLÉMICA

ACTUALIDAD

PUBLICACIÓN MENSUAL

PRECIO: 3 PESETAS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: AVENIDA 14 DE ABRIL, 413 - BARCELONA



U M A R I O

BLO IGLESIAS POR MANUEL CORDERO • P. S. O. E. - EL CINCUENTENARIO DEL PARTIDO SOCIALISTA, MEDIO SIGLO DE TRABAJO
CUNDO • LA FUNDACIÓN DE "EL SOCIALISTA" POR MATÍAS GÓMEZ LATORRE • PROSPECTO ANUNCIADOR DE "EL SOCIALISTA"
EMANARIO) EL AÑO DE SU FUNDACIÓN 1886 • JULIÁN BESTEIRO • HOY, HACE DOS AÑOS... POR INDALECIO PRIETO • EMILIANO
RRAL • AUTOCRÍTICA, LA PRODUCCIÓN A LO QUE RESULTE POR TORIBIO ECHEVARRÍA • ESTAMPAS DE NUESTRA LUCHA
O EL SIGNO UNITARIO POR RAMÓN LAMONEDA • LA PEQUEÑA AVENTURA DE PÍO BAROJA POR FERMÍN MENDIETA • II SEGUNDO
O DE PATRIA!! POR MATILDE DE LA TORRE • BALANCE HUMORÍSTICO DEL MES DE JULIO POR RIVERO GIL • OTTO BAUER - PENSADOR
OMBRE DE ACCIÓN POR A. D. • HAMBRIENTOS CONTRA AHITOS POR ANTONIO HUERTA • LA PROPAGANDA DE PARTIDO Y LA
OPAGANDA DE ESTADO POR JOSÉ PRAT • LA REUNIÓN DE OSLO Y LA UNIDAD DEL PROLETARIADO POR JOSÉ RODRÍGUEZ VEGA.

PABLO



h.

NORTE

Falleció

Madrid.
de qué c
alimenta

cencia p

meros c
aprendi
brotar e

permiso

privaba
¿Resign
escapar
establec
como ob
suya? ¿
como bu
contacto
de su in

Mora, a

mejoran
Rompió
Socialist
guaje d
a elegir
A trabaj
sobre la
Son tan
iA triunf
de cultu
el templ
fecunda
dización
levantar
para él.
ablanda
persever

oficio. E
fogosos
lismo po
injurias,
coche d
blusa de
Pero él
terreno

alcohóli
diversio
no sé lo
ideales.
Nada q
la de Sá

de la ac
del Part
reclama
debate
cerraba
condicio
y forjar
res que
ponen p

las cole
le haya
Un parti
muchos

en cuen
enemigo
derrota.

cutible.
sideraci

cuerpo
oprimid
la Humo

IGLESIAS

Nació en El Ferrol, en el seno de una familia pobre. Su padre era un modesto funcionario municipal. Tenía otro hijo menor. Falleció dejando a su compañera e hijos en la pobreza más extrema.

La madre, no hallando medios para subsistir y criar a sus hijos en El Ferrol, emprendió el camino con ellos de la mano hacia Madrid. Venía en busca de un pariente bien acomodado para que le prestara ayuda. Al llegar a Madrid encontró con la noticia de que el pariente había muerto, hallándose ante una perspectiva trágica. ¿Qué hacer con aquellos niños? ¿Cómo atender a su alimentación, vestido e ilustración?

Una mano piadosa vino en su ayuda. Los niños ingresarían en el Hospicio, acogidos a la triste y fría caridad de la beneficencia provincial y ella iría a ganarse el sustento lavando en una tabla, orilla del río Manzanares.

Así quedó resuelta la difícil situación de aquella desventurada familia.

Pablo Iglesias pasó en el gran caserón de la calle de Fuencarral, en el que estaba instalado el Hospicio, su niñez y los primeros años de la juventud. Ya se comprenderá que la infancia en estas condiciones no pudo darle grandes satisfacciones. Allí aprendió a leer y a escribir y las primeras nociones de su oficio, tipógrafo; allí vió morir a su hermano, y allí sintió por primera vez brotar en su alma juvenil un gran gesto de rebeldía.

Aproximábase la fecha simbólica de las Navidades. El muchacho sintió el deseo de pasar la noche con su madre. Solicitó permiso del director del establecimiento y éste, seco y friamente, se lo negó.

Alejóse el muchacho contrariado, triste y pensativo del despacho de aquél. ¿Qué hacer ante aquella resolución que le privaba del placer íntimo de cenar con la madre aquella noche simbólica que todo el mundo consagraba a la intimidad familiar? ¿Resignarse? En su espíritu bullía ya el germen de la rebeldía contra la injusticia. Resolvió romper con la fría disciplina del Hospicio y escaparse. Conocía de antemano las consecuencias de aquella actitud; lo menos grave era no poder volver a ingresar en el establecimiento de beneficencia. Pero él iría de puerta en puerta de los talleres de tipografía solicitando trabajo. Para ser aceptado como obrero o aprendiz de taller eran necesarios informes favorables de la conducta del solicitante. ¿Quién iba a informar de la suya? ¿El Hospicio? Pues ya se sabía cuál sería el informe. Pero halló trabajo, y como era inteligente y laborioso, pronto se acreditó como buen profesional. Sentía la noble ambición de la cultura. Su profesión lo exigía y su emoción también. Y comenzó a tener contacto y a frecuentar los centros culturales. En donde penetraba, destacaba inmediatamente del conjunto por la agudeza y claridad de su inteligencia.

Pronto picó en su cerebro y en su conciencia el sutil gusanillo de los ideales. Con Anselmo Lorenzo, tipógrafo, y Guillermo Mora, amigos suyos, formó parte de la dirección nacional de la Alianza Internacional proletaria, influenciada por Bakunin.

Pablo Iglesias comprendió pronto que no era aquel el mejor camino para que el proletariado luchase eficazmente por su mejoramiento y emancipación. Tomó contacto con los divulgadores del marxismo y decidió seguir su suerte y sus orientaciones. Rompió con la Alianza y con sus amigos para, de acuerdo con otros camaradas, fundar la sección española de la Internacional Socialista. Esto le valió la primera campaña de injurias y calumnias. Anarquistas y republicanos arremetieron contra él con un lenguaje desaforado. Pero Pablo Iglesias, honrado, honesto, trabajador e inteligente, era más fuerte que todos ellos. El había acertado a elegir un camino lleno de dificultades, pero seguro, y estaba decidido a seguirlo hasta la muerte. Y a trabajar se ha dicho. A trabajar con entusiasmo en la propaganda socialista. A sembrar el campo de ideales. Como el sembrador tira el grano a voleo sobre la superficie de la tierra ambicionando que cada semilla dé ciento, sembramos nosotros nuestras ideas con la misma ambición. Son tan buenas, tan generosas y humanas que los trabajadores las acogerán con alegría e ilusión. A sembrar ideas y a triunfar pronto. ¡A triunfar pronto! ¡Qué ilusión! Los trabajadores vivían como esclavos, encorvados en la tierra, en el taller o en la fábrica. Carecían de cultura. No tenían personalidad propia. No conocían cuál era su situación social en relación con el patrono que los explotaba. En el templo adoraban a Dios, en el taller al amo, a quien suponían que le debían la vida. El campo de siembra era yermo para que fecundase rápidamente la semilla. Había que empezar por roturarlo, desmenuzar la tierra, suavizarla, darla condiciones de metodización para que la semilla germinase bien. Pablo Iglesias, primer divulgador del socialismo ante la clase trabajadora española, veía levantarse ante sí una muralla inmensa, difícil de asaltar. Pero su espíritu era recio y fuerte y no habría dificultades insuperables para él. Todo lo vence la perseverancia en el esfuerzo. La barrena perfora la peña a golpes menudos, pero continuos. El hierro se ablanda y se moldea teniéndole al fuego y machacando. Lo mismo ocurre con las ideas. Se imponen con el trabajo consciente y perseverante.

Fundó el Partido Socialista, la Unión General de Trabajadores, «El Socialista». Extendía recibos en la organización de su oficio. Escribía magníficos artículos doctrinales en el semanario y manifiestos. Hacía fajas para los paquetes de correos. Pronunciaba fogosos discursos de propaganda. Daba conferencias teóricas. Sostenía controversias sobre problemas fundamentales del Socialismo político y científico, de las que salía siempre triunfante. Sus adversarios, como no podían vencerle en la polémica, acudían a la injuria, a la calumnia, a la difamación. Y un día inventaban que tenía un magnífico gabán de pieles, que llevaba puesto viajando en coche de primera, que luego antes de llegar a los pueblos, se pasaba a un coche de tercera y cambiaba el magnífico gabán por la blusa del obrero. Superchería estúpida, que la gente maliciosa hacía correr y que la ignorancia necia de las masas populares creía. Pero él era más fuerte que la calumnia, la injuria y la difamación. Contra todos y adelante, decía siempre. ¿Tenemos razón? ¿Pisamos terreno firme? ¡Pues adelante! Y vuelta al trabajo.

Difícilmente se dan en un hombre condiciones tan diversas y todas positivas. Pablo Iglesias no fumaba ni tomaba bebidas alcohólicas. Era, acaso sin proponérselo, un abstemio. Como el trabajo que tenía que desarrollar era mucho, no tenía tiempo para las diversiones vulgares. Su gran afición era el teatro. El teatro romántico, muy en boga en la época. Algunas veces le oímos decir: «Yo no sé lo que son diversiones. No he tenido tiempo de aprenderlo». Toda su actividad física e intelectual había estado dedicada a los ideales. Tenía un concepto de la ética y de la honradez, si se quiere exagerado. Por ello era un hombre de moral incorruptible. Nada que no fuera el cumplimiento del deber le halagaba. Buscando en la historia un alma pareja a la suya, nos parece hallarla en la de Sócrates.

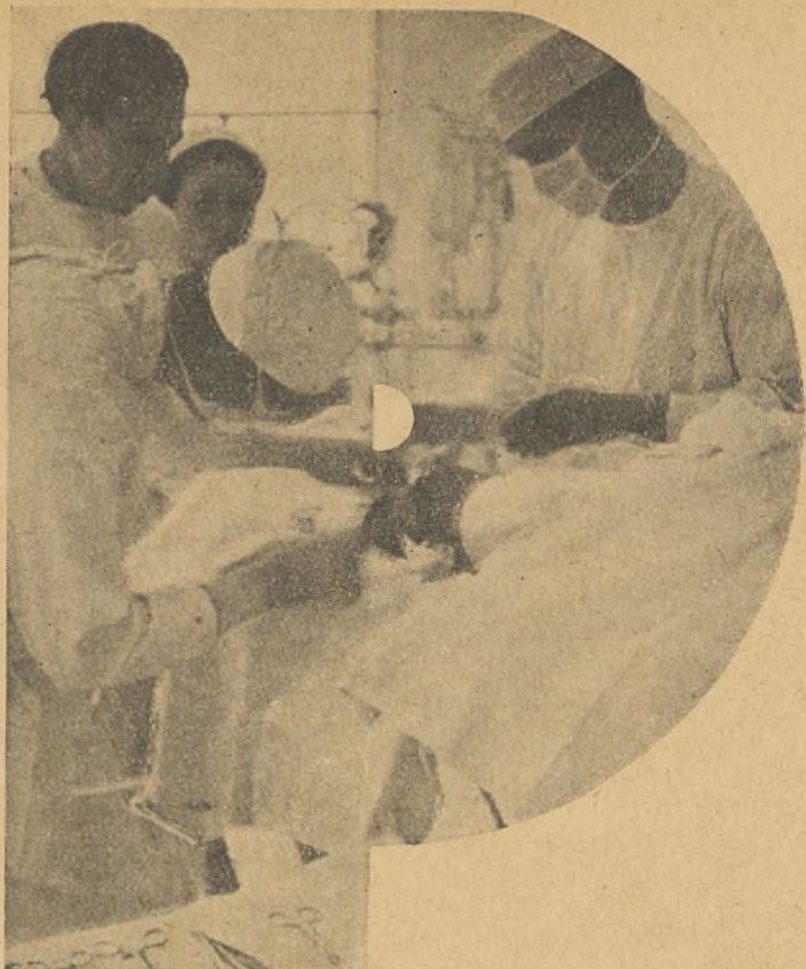
Era brillante escritor y elocuente orador. Concejal del Ayuntamiento de Madrid, elegido en 1903, sus campañas depuradoras de la administración municipal tuvieron honda repercusión en todo el país. Entró en el Parlamento español, solo, como representante del Partido Socialista, y sus intervenciones tenían siempre máximo interés. Su palabra era siempre justa; su crítica acerada, dura, como reclamaban las circunstancias, hasta el extremo de hacerse temible. En cierta ocasión desarrollábase en el Parlamento un agitado debate político; el solo anuncio de su intervención produjo una crisis ministerial para que no hablase. Pero él hablaba siempre. ¿Que cerraban el Parlamento? Estaba abierta la tribuna pública, en la Casa del Pueblo o en cualquier teatro madrileño. Sobre todas estas condiciones sobresalía la de educador de muchedumbres. Su palabra siempre clara, precisa, iba dirigida a ilustrar a la masa obrera y forjar en ella la conciencia de clase necesaria para la lucha. Huía de todo concepto demagógico. Por ello solían decir sus detractores que no era revolucionario. Era fundamentalmente revolucionario y oportunista, como lo son todos los hombres inteligentes que ponen por encima de las conveniencias personales los intereses colectivos.

No utilizaba jamás el yo, porque decía era enemigo del nosotros. Por encima de las personas colocaba siempre las ideas y las colectividades. Siendo presidente de la U. G. T. y del Partido Socialista Obrero, hasta que se murió, no dimitió los cargos porque le hayan sido adversas a su posición las votaciones. Para él la primera condición que debía tener un socialista era ser disciplinado. Un partido sin disciplina, no podía tener eficacia, no podía triunfar. Esta era su tesis. Tesis invulnerable que, desgraciadamente, muchos han olvidado.

Las organizaciones no debían embarcarse en empresas superiores a sus fuerzas. Para emprender una lucha no bastaba tener en cuenta la justicia de la causa que la motivaba, ni las fuerzas propias de que se disponía; debían conocerse también las fuerzas del enemigo para adoptar las medidas necesarias para vencerle. No debía emprenderse jamás una lucha en condiciones de probable derrota. Aconsejaba y corregía a los compañeros sin inferirles agravio ni molestia.

Toda su vida, consagrada a los ideales socialistas, sin una claudicación, hicieron de él, no ya una figura venerable, sino indiscutible. Sus propios enemigos, en las horas postreras de su vida, viéronse obligados a rendirle homenaje de respeto y de consideración.

En el cementerio civil del Este, de Madrid, un mausoleo magnífico, proyectado por el malogrado escultor Barral, guarda su cuerpo embalsamado, la materia. Su espíritu flota vivo, viril, vigoroso en el ambiente social, siendo guía de las muchedumbres oprimidas. Pablo Iglesias dejó de ser hombre para convertirse en símbolo. Pase lo que pase, sea cualquiera el destino inmediato de la Humanidad, Pablo Iglesias seguirá siendo en la historia universal, un valor moral de primera categoría.



El 2 de mayo de 1879 congregáronse en banquete de «Fraternidad Internacional», en una fonda de la calle de Tetuán, en Madrid, un grupo de internacionalistas. En el grupo figuraban Pablo Iglesias, Antonio García Quejido, Francisco Mora, Jaime Vera y otros. El objeto del banquete no era comer; tenía una más elevada finalidad. Durante la comida se habló de grandes ideales de redención humana. Dominaba España una situación política excepcional. Estaban proscritos los partidos de oposición a la restauración de la monarquía realizada en 1874. Para hablar de ideales había que procurar burlar la vigilancia de la policía. Una de las formas era la de reunirse a comer.

Al final de la comida, los reunidos acordaron constituir el Partido Socialista Español, nombrándose una Comisión para que redactase los estatutos y el programa. Fueron nombrados para constituir la Comisión Pablo Iglesias, Victoriano Calderón, Alejandro Orcina, Gonzalo Zubiaurre y Jaime Vera; tipógrafos los tres primeros y médicos los otros dos.

Esta asamblea celebróse en 20 de julio del mismo año en una taberna de la calle de la Visitación. Allí, probablemente en la cueva, a la luz pálida de una rústica vela o algún candil, fué aprobado el reglamento de la Agrupación Socialista Madrileña y el programa general del Partido.

Dado lo excepcional de las circunstancias políticas, no se podía hacer público la existencia del Partido. Su actuación tenía que ser clandestina. La propaganda había que confiarla a la conversación entre los amigos de confianza y a la correspondencia particular, todo hecho con el más escrupuloso sigilo. El lector comprenderá lo difícil y peligroso que era realizar la propaganda en estas condiciones.

Pero la voluntad de los hombres y la fe en los ideales vencen todas las dificultades.

Trabajando con todas estas dificultades, poco a poco fueron constituyéndose Agrupaciones en diversos puntos del país. Los socialistas, al mismo tiempo que atendían a la constitución de Agrupaciones Socialistas, trabajaban por organizar e impulsar el movimiento sindical obrero. Esto les facilitaba un medio práctico de extender la propaganda de las ideas. Las necesidades de la propaganda hicieron concebir la idea de publicar un periódico, y se acordó publicar «El Socialista», semanario. El dinero para su publicación, unas **noviecintas** pesetas, fué recogido mediante suscripción voluntaria entre afiliados y simpatizantes. Los mismos hombres que fundaron el Partido, que lo dirigían, tuvieron que encargarse de redactar, componer, imprimir y vender gratuitamente el semanario.

La fe de estos hombres en el nuevo ideal era cosa admirable. Su entusiasmo, ilimitado. Su ilusión y romanticismo les conducía a soñar con rápidos progresos, que, desgraciadamente, no se cumplieron. El Partido tuvo, desde su constitución, como enemigos, el régimen político y económico, los republicanos, los anarquistas y la ignorancia de la propia clase trabajadora que vivía de espaldas a la realidad, por desconocimiento de su posición económica en el régimen capitalista. Por eso la lucha fué difícil y los progresos lentos. Sólo unos hombres de voluntad férrea, tenaces y constantes, podían soportar y vencer aquellas circunstancias difíciles.

Así se llega a 1887, en que había grupos socialistas en veintiocho poblaciones.



Los días 23, 24 y 25 de agosto celebróse el Congreso de constitución nacional del Partido en Barcelona. Firmó la convocatoria, en representación del Comité de Madrid, Matías Gómez Torre, que vive, afortunadamente, en Cataluña, en estos momentos.

Al Congreso asistieron dieciocho delegados. Se aprobó pocas modificaciones el programa del Partido que existía y se declaró constituido el mismo.

Informa a «El Socialista» de este acontecimiento, Comaposada, zapatero de oficio, hombre inteligente, buen orador y escritor, murió hace pocos años en Madrid.

Es de destacar un curioso incidente. Como clausura del congreso celebróse un mitin en el mismo circo ecuestre en que había celebrado el Congreso. Hacía uso de la palabra el compañero García Quejido, y al aludir al señor Moret fué llamado al orden por el delegado de la autoridad. Quejido replicó teniendo su derecho a hacer la crítica del régimen y de los políticos. El público aplaude calurosamente. El delegado de autoridad retirase del salón y va a tomar órdenes.

Cuando Iglesias está desarrollando un magnífico discurso explicando el programa, entra de nuevo el delegado de la autoridad y dice: «En nombre del excelentísimo señor Gobernador quien represento, queda suspendido este acto».

Protesta enérgica de Iglesias y Reoyo, que presidía, y el mitin se disuelve pacíficamente. Así comienza la historia política del Partido Socialista Español. ¿Cuántas veces, a través de sesenta y cinco años se ha repetido esta historia?

Infinitas.

1888. Guerra de Cuba.

El Partido Socialista tiene en este episodio dramático y vergonzoso de la historia de España una brillante actuación. Todos los partidos, a excepción del Federal, acaudillado por Pi y Suñer, todos los órganos de la opinión pública comprometen al partido en aquella guerra descabellada y suicida con los Estados Unidos. El Partido Socialista adopta posición firme contra la guerra. Pide que se conceda a las colonias la autonomía y hasta la independencia. Todo, menos la guerra, que será una ruina para el país.

El 10 de enero de este mismo año publica un manifiesto firmado por Pablo Iglesias invitando a los trabajadores a que protesten contra la guerra. «Ni un hombre, ni una peseta para la guerra», es la consigna. «Que no vaya a Cuba ni un soldado más», dice el artículo de fondo del 21 del mismo mes.

Como entonces existía la redención a metálico e iban a morir a Cuba sólo los hijos de los pobres que carecían de recursos para redimirse, lanzó el grito de «o todos o ninguno», que significaba que, ya que los ricos habían provocado la guerra, fueran a morir en ella como los hijos de los pobres. La campaña de agitación desarrollada en todo este tiempo es admirable. Perdió la guerra y todo el imperio colonial; se gastaron en ella 4.000 millones de pesetas. Murieron en Cuba más de 200.000 hombres. Retornó el ejército a la Península deshecho físicamente. Nuestra moneda sufrió una depreciación vertical.



ongreso de a peseta enferma fué motivo de inspiración para los literatos. El dolor y la miseria se extendió por todo el país. «El Socialista» recoge la nota trágica de que hayan tenido que ser socorridas unas 12.000 personas hambrientas en Madrid en un asilo de la Moncloa.

Se aprobó Aquello fué un verdadero desastre nacional. Aquel fué un momento de profunda crisis del régimen monárquico. De haber habido en España una burguesía medianamente desarrollada e ilustrada, y unos partidos republicanos organizados y con empuje, allí debió quedar liquidada la monarquía y nos habríamos evitado los males posteriores y la tragedia que sufrimos hoy.

El Partido Socialista cumplió bien su deber entonces y salió de aquella prueba difícil extraordinariamente fortalecido.

1907 - 1909

Un poco rehecha la economía nacional a cuenta de esquilmar al contribuyente, facultándole para que éste esquilmará a los trabajadores, que son a fin de cuentas quienes lo pagan y lo sufren todo en el régimen capitalista, la monarquía compromete a España en la desdichada aventura de Africa. La muerte de unos desventurados en la zona del Rif es motivo suficiente para que empiecen las operaciones militares. El Partido Socialista sale de nuevo al combate contra la guerra. Anuncia que esta aventura será tan desgraciada como la de Cuba. No se equivocó. No lo fué tanto, sino mucho más. En Africa murió sin provecho y sin honor lo más florido de nuestra juventud y se gastaron los recursos económicos que se necesitaban para reconstruir la riqueza nacional. La única compensación que hemos tenido de esta aventura es el recuerdo trágico del Barranco del Lobo, la catástrofe de Monte-Arruit y Annual, y que ahora los generales rebeldes hayan traído a los rifeños a asesinar españoles en la guerra que sostenemos contra el fascismo.

Los jóvenes socialistas, que entonces eran disciplinados y constituían la vanguardia del Partido, ocuparon el primer puesto en el trabajo de agitación y de protesta en todo el país. Lo mismo hicieron las mujeres socialistas. Esta campaña fué tenaz y constante, ganando la simpatía de la opinión pública.

En 1908 ocurriósele a Maura llevar al Parlamento un proyecto de ley de represión del terrorismo, que aspiraba a ser una mordaza contra la opinión pública. El Partido y la Unión General de Trabajadores hicieron una campaña de agitación en todo el país, que triunfó plenamente, haciendo que aquel engendro de legislación reaccionaria no fuera siquiera discutido en el Parlamento. De la información pública, en donde informó brillantemente Pablo Iglesias, fué a parar al rincón del olvido, de donde no pudo volver a salir. Pero la guerra de Africa continuaba desangrando al país, y el Partido y la organización obrera crecían con mayor violencia en su protesta.

El año 1909 Maura cometió el error político de enviar a Melilla 20.000 reservistas. Esto intensificó la protesta general del país. Los jóvenes socialistas madrileños se lanzaron a la estación del Mediodía para impedir que embarcasen los soldados. El Partido y la U. G. T., de común acuerdo, enviaron emisarios a toda España para avivar la protesta y producir la huelga general en

todo el país. El Gobierno suspendió las garantías, encarceló a diestro y siniestro a los mejores militantes. En Barcelona la protesta tomó forma revolucionaria y dió lugar a una campaña de represión brutal, que culminó en el fusilamiento de Ferrer.

El Partido arrecia en la protesta, ésta alcanza una extraordinaria importancia en el extranjero, que hace dimitir al Gobierno. Este episodio está consagrado en todos los documentos que servirán para escribir la historia de España con el nombre de la «semana trágica de Barcelona».

De esta crisis política surgió la conjunción republicano-socialista para luchar contra la reacción. «Maura no», fué la consigna general.

Es este un período de gran actividad del Partido. El socialismo alcanzó una gran expansión en todo el país. La conjunción republicano-socialista, de la que era alma, principalmente, nuestro Partido, fué un instrumento de lucha política muy eficaz. No alcanzó su objetivo principal la proclamación de la República, por la defección de algunas personalidades republicanas, pero removió profundamente la conciencia del país. El Partido aumentó extraordinariamente sus fuerzas e ingresaron en él personalidades intelectuales de importancia.

Por primera vez entró el socialismo en el Parlamento, representado por Pablo Iglesias. ¿Quién mejor?

Su primera intervención parlamentaria fué un acontecimiento nacional. Nunca había llegado al Parlamento con tanto realismo la voz de la calle, del pueblo oprimido. Nosotros somos enemigos del atentado personal, pero declaramos que contra el tirano que quiere oprimir y esclavizar al pueblo, está justificado, vino a decir. «Escándalo monumental». «Retire su señoría esas palabras», grita el presidente agitando nerviosamente la campanilla. Iglesias, sereno, imperturbable, replica: **no las retiro**. Y allí quedaron clavadas para siempre en el diario de sesiones.

1917. El lector nos perdonará que no hagamos un relato minucioso de todo el trabajo del Partido Socialista. No es ese el objeto de este trabajo. Pretendemos destacar sólo los hechos más salientes de la política nacional. Al lado de este trabajo hay otro no menos eficaz de apoyo a los movimientos huelguísticos de los trabajadores en general: ferroviarios, mineros de Riotinto, de Bilbao, de Asturias, campesino, ramos de la construcción en general. ¡Qué falta está haciendo, no un libro, sino varios, que estudien y presenten al lector todo este magnífico esfuerzo desarrollado con la mayor ilusión y un magnífico espíritu de sacrificio!

España no intervino en la guerra europea, pero ésta influyó mucho en la vida económica y política de nuestro país. Fué la época de los grandes negocios de nuestra impúdica burguesía. El final de la guerra, con las diversas revoluciones que produjo en Europa, conmovieron el alma nacional en una magnífica exaltación cívica.

La especulación con las subsistencias era una cosa escandalosa. Subían los salarios, pero subían siempre más los precios de los artículos de primera necesidad.

El Partido y la U. G. T. realizaron un trabajo de agitación formidable en todo el país. Surgieron las Juntas militares que representaban una subversión. ¿Contra quién? ¿Contra el régimen? ¿Contra el pueblo? No acertó a definirse. Pero produjo un gran aliento en la opinión pública que anhelaba un cambio de la

situación. Gobernaban los conservadores, con Dato a la cabeza. La situación del país acusaba una elevada temperatura. El Gobierno tenía cerrado el Parlamento, suspendidas las garantías constitucionales y establecida la previa censura. La oposición no tenía un solo medio de exponer su opinión. Los diputados catalanes pidieron al Gobierno que reuniera las Cortes para abordar los problemas nacionales, especialmente el de las Juntas de Defensa militares. Negóse el Gobierno y entonces, fué convocada una Asamblea de parlamentarios en Barcelona. Esta Asamblea dió al país la sensación de que entraba en un proceso revolucionario de liquidación de la monarquía. El ambiente adverso a la monarquía era general.

El Partido y la U. G. T. venían preparando un movimiento revolucionario. Con ocasión de la Asamblea de parlamentarios, sin recibir órdenes de las centrales, se declaró la huelga general en Valencia. Fué inoportuna. Se dió la orden de volver al trabajo, pero la Compañía de Ferrocarriles del Norte hizo una selección numerosa de su personal. Se hicieron gestiones para resolver el asunto. Era ministro de Fomento el vizconde de Eza, sociólogo de similar burgués. Como el Gobierno sabía que el movimiento revolucionario estaba preparado, quiso aprovechar aquellas circunstancias para precipitarlo y aplastarlo. Y lo logró. Los ferroviarios fueron a la huelga de solidaridad con los despedidos. Las instrucciones y contraseñas para la huelga general estaban dadas. El ambiente estaba hecho. Si se dejaban solos a los ferroviarios serían vencidos y la huelga general revolucionaria habría fracasado sin empezar. Hubo que aprovechar aquella oportunidad para declararla.

La huelga fué unánime en todo el país, en el campo y en las ciudades. Difícilmente se hallará en el movimiento obrero y socialista internacional otro de aquella magnitud.

Era ministro de la Gobernación Sánchez Guerra. Cayó sobre los huelguistas con una ferocidad escandalosa. Los militares, los mismos militares que hoy, entregados al fascismo internacional devastan el país, que estaban en permanente sublevación, que habían hecho concebir grandes esperanzas, y estimulados en el sentimiento revolucionario del país, cayeron sobre el pueblo con salvaje furia. Sánchez Guerra, atrincherado tras de la fuerza pública en el Ministerio de la Gobernación, injuriaba, calumniaba e insultaba groseramente a los dirigentes del movimiento obrero. La huelga fué vencida. No triunfó en su objetivo principal, derribar a la monarquía e implantar la República. Pero el Partido y la U. G. T. alcanzaron un prestigio extraordinario. El Comité de huelga, formado por los compañeros Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero, Daniel Anguiano y Andrés Saborit, que habían sido condenados a cadena perpetua, saltaron del presidio al escaño parlamentario. La revolución española, con el sacrificio de la clase trabajadora, había dado un paso de gigante hacia el triunfo. Las cárceles y presidios se llenaron de camaradas y simpatizantes que recobraron la libertad con una amnistía. La burguesía y la clase media, su servidora fiel, una vez más temblaron de pánico y se pusaron al enemigo. Cambó saltó desde la tribuna del Ateneo, pasando por una audiencia real en Palacio, al Ministerio de Hacienda. En esto terminó toda la inquietud y el sentimiento revolucionario de la burguesía española. La monarquía, desmoralizada, corrompida, pudo continuar siendo una dificultad para el progreso político y social de España.

★

1923. El Partido Socialista era el órgano dirigente del proletariado del país. Sus fuerzas materiales, pequeñas, pero su crédito moral era ilimitado.

Empezó a trabajar en su seno una minoría partidaria de la III Internacional. Poco a poco fueron perfilándose dos corrientes en pugna en el seno del Partido. Los partidarios de la III Internacional comenzaron a decir que los que se oponían a que el Partido ingresara en ella eran enemigos de la revolución rusa.

La revolución rusa ejercía una impresión mística en el sentimiento popular y situando así el problema se procuraba crear una situación difícil a los que se oponían al ingreso en la III Internacional.

La pugna entre las dos corrientes se hizo irreconciliable y en el Congreso de 1921 prodújose la escisión, que tuvo fatales consecuencias para el Partido, para el proletariado y para el país.

El pueblo español es muy impresionable. Y así como se deja enardecer por un suceso que agrada a sus sentimientos, se deprime en cuanto se produce un hecho que le contraría.

Fundóse el Partido Comunista, pero no alcanzó arraigos. ¿Por qué? Las razones son diversas y profundas. Produjéronse en diversos puntos de España luchas de violencia deplorables, que costaron la vida a magníficos militantes. Pero el Partido, merced a la perseverancia de sus hombres, se mantuvo en pie y se rehizo. Volvió a ser una esperanza para la clase trabajadora.

En 1923, cuando advino la dictadura de Primo de Rivera, tenía siete diputados: Pablo Iglesias, Julián Besteiro, Manuel Cordero, Andrés Saborit, Manuel Llana, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos. Esta pequeña minoría desarrolló un trabajo magnífico.

Gobernaba la coalición liberal presidida por García Prieto. Su política era blanda y vacilante. La opinión no tenía ninguna fe en la política que pudieran desarrollar los liberales.

Sobre la mesa del Congreso estaba el expediente Picasso, bre las responsabilidades de Annual y Monte-Arroit. Era pieza de acusación no sólo contra los militares, sino contra el régimen. Ni una ni los otros podían tolerar que se discutiera en el Parlamento. A esto se debe principalmente el golpe de Estado de Primo de Rivera.

Unos dicen que el país recibió el golpe de Estado con entusiasmo y otros que no; nosotros decimos que las derechas lo recibieron con entusiasmo porque sabían lo que representaba; las izquierdas desorganizadas y el pueblo desorientado lo recibieron con pasividad.

Los diputados socialistas dirigieron un documento al presidente del Parlamento; lo era Melquiades Álvarez, diciéndole si no consideraba necesario salir en defensa de los fueros parlamentarios. La respuesta fué un efugio para no hacer nada práctico. El Romanones, que presidía el Senado, pensaban triunfar del dictador en la cámara real. Disueltas las Cortes, quedaron en ambas presidencias, pero en cuanto el dictador tuvo la impresión de que podían inferirle la menor molestia, de un plumo los hizo rodar por el suelo.

¿Qué actitud podía adoptar el Partido? ¿Cuál debía de adoptar la situación a la luz de la realidad presente, rehusó permanecer a la expectativa y dedicarse al trabajo de intensificar la propaganda de las ideas, en la medida de lo posible en espera de circunstancias que le permitieran trabajar con más espacio. Como aquella dictadura no había sido proclamada para resolver los problemas que el país tenía planteados, sino para sostener el régimen que estaba a punto de derrumbarse, su fin se quebrantaría pronto y al final sería el momento de trabajar eficazmente. Lo importante era conservar la independencia tradicional del Partido. Para esto había un peligro, el de que la dictadura se lanzase contra el Partido y la U. G. T. Primo de Rivera tuvo en esto buen sentido político. Sabía que su fuerza como dictador era débil; que el Partido Socialista y la U. G. T. tenían mucho crédito en el país. No le convenía provocarlos y resolverlos y hasta llamarlos a la colaboración, a la que se negado ambos organismos.

Era una aspiración del proletariado que hubiera una organización de carácter conciliatorio que resolviera los problemas entre el capital y el trabajo. La dictadura dió el decreto de organización de los Comités Paritarios. Este fué un pretexto magnífico que el Partido y la U. G. T. aprovecharon para desarrollar en todo el país una labor de propaganda intensa. Con el tiempo de los Comités Paritarios pronunciáronse miles de discursos y no tenían nada que ver con la organización corporativa del trabajo. Era una siembra magnífica de ideales que prendían y crecía prodigiosamente. Así, al final de la dictadura, 1929, el Partido y la U. G. T. eran una fuerza positiva y se habían convertido de nuevo en la única esperanza del país.

El Partido fué invitado a tomar parte en diversas conferencias contra la dictadura, negándose a participar en ellas si no tenían como fin cambiar el régimen político del país. El año 1930 fué invitado para tomar parte en el movimiento revolucionario para proclamar la República. Aceptó, pero imponiendo a los republicanos, previamente, la necesidad de que dieran ante la opinión la sensación de unidad.

La colaboración ministerial fué acordada a petición de los elementos republicanos. ¿Por qué? Porque la opinión sabía que la participación socialista era una garantía de buena administración de los intereses públicos.

Proclamada la República, el sufragio eligió 121 diputados socialistas para las Cortes Constituyentes. La forma de actuar de esta minoría fué ejemplar. ¿Que había cometido errores? Cuando la crítica analice aquella situación se comprobará que los errores cometidos son producto del medio en que estaban obligados a actuar. El Partido se ha opuesto a que se disolvieran las Cortes Constituyentes antes de terminar la labor legislativa que el decreto de convocatoria les confiaba. A la luz de los acontecimientos posteriores se ha comprobado el acierto de su posición.

Para impedir que las derechas se apoderaran del poder desencadenó el movimiento revolucionario de 1934, que tan honda trascendencia alcanzó en el país.

En febrero de 1936 fué el núcleo político que congregó a todas las fuerzas políticas del país alrededor del programa del Frente Popular y que facilitó el triunfo electoral que sirvió para rescatar la República de las manos de las derechas.

Declarada la sublevación, el Partido Socialista se sumó a la masa desinteresadamente a la lucha para vencer al fascismo. Sus mejores hombres han pasado por los más altos cargos de la política nacional sin que el Partido les haya pedido nada. Siempre siendo lo que siempre fué. Su austeridad no sufrió ningún quebranto. Su gestión es honrada y justa. La opinión lo sabe. Con la diferencia que existe entre nuestra conducta y la de otros, esto en su día dará sus frutos.

★

¿El porvenir? Es una página en blanco que escribirá el Partido con su trabajo tenaz y constante. Estamos seguros de que en la España nueva que se está forjando en la guerra desgranará el papel que por su historia le corresponde.

EL SOCIALISTA

POR MATÍAS GÓMEZ LATORRE

Al reproducir este artículo publicado con motivo de las bodas de plata de *El Socialista*, no tengo otro propósito que poner de relieve algunos de los hechos más destacados de su historia, que puede decirse que es la misma historia del Partido Socialista. Los jóvenes que militan actualmente en el Partido sacarán de la lectura de las líneas que he pergeñado hace tantos años, enseñanzas valiosísimas, no por lo que personalmente expongo yo en él, sino por la significación misma de los hechos que se relatan. Las vicisitudes y amarguras que tantas veces han pasado los fundadores del Partido y de nuestro diario, deben servirles de estímulo y aliento para que todos, viejos y jóvenes, no cejen en la obra reivindicadora del proletariado. — M. G. L.

Pudiera decirse que este número extraordinario está consagrado a festejar las bodas de plata de *El Socialista* con la clase trabajadora española, y que si en la sociedad conyugal el cumplimiento de ese plazo es motivo de justificado regocijo, también la gran familia proletaria debe festejar esa fiesta con toda clase de loores para el veterano defensor de sus reivindicaciones de clase, para el incansable y honrado campeón de la doctrina igualitaria que es hoy el evangelio del mundo del Trabajo.

Por eso, los que hemos asistido al nacimiento de *El Socialista* y en su desarrollo hemos tenido modestísima parte, sentimos hoy una emoción intensa de legítimo orgullo por la obra realizada mediante el esfuerzo heroico de una voluntad férrea sustentada por la fé ardiente en un hermoso ideal de justicia.

Por que crear y sostener un periódico con los elementos materiales e intelectuales necesarios, no es ciertamente empresa de cíclopes; pero si ese periódico es fundado por modestísimos obreros manuales que, no sólo carecen de recursos pecunarios, sino que ellos mismos han de redactarlo aún sin haber pasado por el más ligero aprendizaje literario, y si a más de esto han de privarse del descanso de su cotidiana labor del taller para componer el molde, corregirlo y ajustarlo, y, hecha la tirada, proceder al cierre y hasta cargar con los paquetes para depositarlos en Correos; cuando esa ruda labor se hace durante diez y seis mortales años de escasez, dedicando a ella las mañanas de los domingos y las noches de los lunes y martes hasta las dos y tres de la madrugada en una sórdida imprenta, donde toda incomodidad tenía su asiento; cuando se hace sin la más ligera esperanza de lucro y luchando además contra las dificultades de un ambiente de frialdad y de indeferencia entre la propia clase a la que se consagraban tantos afanes y desvelos, y contra la hostilidad airada de los naturales enemigos de aquélla, ¡ah!, entonces lo que parece obra baladí toma proporciones gigantescas y merece la admiración y el aplauso debidos a cuanto tiene por únicos móviles la abnegación y el altruismo más puros.

Creemos justo consignar en esta breve esfemérides algunos nombres de los que bravamente bregaron en ese largo período de penuria de nuestro amado semanario; Pablo Iglesias en primer término, el organizador incansable de las huestes proletarias, el propagandista integérrimo cuyos méritos y virtudes hoy ya reconocen hasta sus antiguos y encarnizados detractores; Antonio García Quejido, que en los primeros tiempos prestó su concurso material, y que más tarde, vuelto ya de su larga estancia en Barcelona, en varias ocasiones llevó al periódico preciadas muestras de su claro talento; Francisco Diego, el inteligentísimo obrero tipógrafo, el castizo y saladísimo escritor, cuyas crónicas leían con deleite desde el trabajador menos familiarizado con las bellezas de lenguaje hasta el sabio filólogo Benot; Juan José Morato—casi un niño entonces—, otro escritor que hoy tiene firma acreditada tras una enorme labor de estudio y vigiliat y que en aquellos ya lejanos tiempos puso al servicio de *El Socialista* un caudal inmenso de actividades que sólo la injusticia puede olvidar o desconocer; Juan Gómez Crespo, también activo e inteligente; Antonio Torres, peritísimo tipógrafo y que tuvo a su cargo durante muchos años la Administración; Antonio Atienza, culto tipógrafo también, que hoy toma parte activa en la redacción de nuestro semanario, y tantos y tantos otros que nuestra flaca memoria no recuerda y con idéntico desinterés contribuyeron a la obra común.

Hecho digno de notarse: durante su ya larga vida, y no obstante los más angustiosos apuros, EL SOCIALISTA no ha dejado de publicar un solo número en su fecha de salida.

Quizá este mismo año se transformará en diario; al sufrir esta mutación, su honrada y ejemplar historia lo reviste de una autoridad moral considerable que le reconocen amigos y enemigos y que redundará en provecho del proletariado español.

*
* *

Y ahora, si el que traza estas líneas considera lícito ocupar un espacio que debe reservarse a plumas, menos toscas que la suya, seguramente podría llenar algunas columnas con el relato de la accidentada historia de nuestro periódico, que en definitiva es la historia del Partido Socialista.

Pero ya que de tarea tan minuciosa deba prescindir, ¿le será permitido recordar, aunque con cierto carácter anecdótico, algo que a los jóvenes correligionarios quizá pueda interesar, por más que se refiera en parte a la personalidad de este viejo camarada que tantas inmerecidas pruebas de simpatía de ellos recibe?

Pues contando ya con su benevolencia, comenzaré declarando que ni yo tuve jamás vocación de escritor, ni mi carencia total de cultura me habilitaba para tan delicados menesteres.

Pero yo formaba parte del pequeño grupo que fundó nuestro Partido; se hizo indispensable tener a nuestra disposición un órgano de propaganda, y al crear *El Socialista* me encontré sorprendido y abrumado con el nombramiento de redactor.

Yo, que por todo bagaje literario—y valga la hipérbole—no contaba más que con el hecho de haber emborronado, como secretario, el BOLETIN de la Asociación del Arte de Imprimir, ¡encontrarme de golpe investido con los hábitos de «sacerdote de la Prensa»!

Pues, ¡nada!, no me valieron escrúpulos ni temores; era Iglesias el director, yo el redactor casi único, y no hubo más remedio que someterse a la «autoritaria» voluntad del «jefe».

Y heme ya ante las «albas» cuartillas que había de llenar para el primer número: todos los terrores del reo en capilla, todas las torturas de los condenados dantescos, me parecían delicias paradisíacas comparados con los que yo sufrí en aquellos momentos.

Pero me alentaba una fe ardorosa en nuestras ideas, me estimulaba además el ejemplo de Iglesias—por cierto no mucho más preparado que yo para semejantes tareas—, y al fin hubo que dar cima a la temeraria empresa.

Y tras el primer número hubo que llenar otros y otros, y todo mi afán era otear por nuestro campo en busca de quien pudiera relevarme con ventaja en mis forzados trabajos.

¡Oh, en esta especialidad he sido un verdadero maestro; dígolo sin pizca de modestia! Pruebas al canto.

Llega a nuestra Agrupación Valentín Serrano, joven inteligente, estudiante con carrera truncada por adversidades familiares, algo bohemio y amigo de aventuras, y al punto descubro que tiene aptitudes y aficiones de escritor. Pues en seguida empuña la péñola, y él inaugura la «Semana burguesa». Suyas son las primeras crónicas, y ahí está la colección para proclamar el ingenio y la cultura de quien las trazó. Su autor no está ya entre nosotros; hoy es secretario del Ayuntamiento de un pueblo cercano a la Corte, y el antiguo vagabundo es ahora un apacible funcionario, casado con la maestra de niñas del lugar, apartado ya del mundanal ruido de las luchas proletarias.

Pero ¡ah!, que Serrano fuese pronto de nuestro lado, y vime obligado a cargar con su herencia. Dejé de hacer fondos y sueltos, y seguí enjaretando una sección que ya no debía interrumpirse.

Encendí de nuevo mi linterna en busca de sustituto, y mis esfuerzos fueron estériles por el momento. De vez en vez solía encontrar cariñosos cirineos, y uno de ellos fué el amigo Acevedo, entonces un muchachote muy avisado y hoy un escritor con toda la barba. ¿Lo recuerda el buen Isidoro?... Fué otro Rafael Delorme, que vino a nuestras filas atacado de cierto delirio de grandeza después de luengos viajes por Europa, y que terminó su vida en un camastro de hospital, tras una azarosa peregrinación de bohemio por Madrid.

Mas al fin este desesperado Diógenes dió con su hombre: éste no era otro que Francisco Diego. Ilustrado, estudioso, ingenio sutil, serio, sencillo..., reunía todas las condiciones para hacer de él un buen escritor socialista ¡y vive Dios que lo conseguimos Iglesias y yo! Claro que el lograrlo no fué empresa liviana, porque hubo que luchar contra la modestia exagerada de un hombre que creía de buena fé que no servía más que para soldado de fila.

Y fué lanzado al fin a la palestra, y con gran regocijo mío y para gala de nuestro periódico entreguéle la pluma con que hasta ahora venía escribiendo la «Semana burguesa», sección que llegó a alcanzar gran relieve entre propios y extraños por su gracejo, por su fina ironía y por lo castizo de su lenguaje.

¡Qué descansado y satisfecho me encontraba yo con tan valioso descubrimiento!

Pero el pobre Paco, que era todo cerebro y corazón, estaba afectado gravemente de esta noble víscera, y murió en plena madurez de su talento, privando al Partido de su concurso inestimable y dejando entre nosotros recuerdo imperecedero.

Vime, pues, otra vez amenazado de volver a la arena periodística..., y esto ya lo consideraba como broma demasiado pesada. Vuelvo a encender la linterna... y ¡zas!... hallé a un joven ilustradísimo, también atacado del virus de la modestia—que tantos talentos suele malograr—y que hasta entonces venía limitándose a hacer traducciones y a «perfilar» cartas para el periódico: era Antonio Atienza; rindióse a mi acoso, y ahí le tenemos desmintiendo la vulgar creencia de que los sevillanos son unos solemnes holgazanes: él escribe asiduamente su amena «Semana», él desempeña su clase de profesor de la Escuela de Aprendices Tipógrafos, él llena su cargo de miembro del Comité Nacional del Partido, él toma parte activa en la redacción de *El Obrero Gráfico*, él hace otras muchas cosas..., y todavía le queda tiempo para ganarse el jornal como corrector de pruebas de *La Correspondencia de España*...

Y aquí termina esta verídica historia, que quizás resulte ya pesada y empalagosa. En gracia de la intención que al trazarla le ha movido, su autor implora el perdón de quien la leyere. No lo volverá a hacer más.

De EL SOCIALISTA, número extraordinario. Marzo 1910



M A T Í A S G Ó M E Z L A T O R R E

Nació en Jaén. Ha cumplido noventa años. Tiene el número uno en las listas de la Agrupación madrileña. Contribuyó a fundar el Partido Socialista Obrero junto a Pablo Iglesias, Antonio García Quejido, Francisco Mora y Jaime Vera. Al iniciarse la publicación de «El Socialista», como semanario, formó parte de su primera redacción. Era, y sigue siéndolo a despecho de la edad, un magnífico escritor. Desgraciadamente no ha lucido todo lo que su gran inteligencia y su cultura merecieron. ¿Por qué? El mismo lo dice: «Siempre que he escrito algo lo he hecho estimulado por mi íntimo amigo y compañero Pablo Iglesias por quien sentí siempre verdadera veneración. Tanta, que siendo él más joven que yo no me acostumbé nunca a tutearle. ¡Tiempos aquéllos!» / Ya viejo, fué concejal del Ayuntamiento de Madrid, desempeñando la función edilicia activa e inteligentemente / Ha sido un idealista consecuente. Hombre de juicio ponderado, sus opiniones ejercieron una gran influencia en la organización. Como polemista y como crítico, era agresivo y mordaz. Su pluma era temida. Con pocas palabras trituraba al enemigo. / Le unió a Pablo Iglesias una amistad que permaneció fiel hasta los últimos instantes de la vida del Maestro. Durante las largas horas de la agonía de éste, allí estaba Matías Gómez Latorre viendo con angustia cómo se apagaba lentamente la luminosa inteligencia de su compañero entrañable. «Yo, — dice con dolor y con orgullo —, recogí su último aliento». / De aquellos hombres admirables que fundaron nuestro Partido, Matías Gómez Latorre es el único que nos queda. La vida le ha brindado ocasión de ver florecer la cosecha que él y sus hermanos en esfuerzo, —nuestros maestros—, sembraron. Sin aquéllos no habría ésto. Las castas feudales nos hubieran impuesto su yugo. Despertaron la Ciudadanía, crearon un cuerpo social fuerte y disciplinado, ¡forjaron un pueblo! Por eso no triunfó la empresa liberticida. Por eso se hundirá en el fracaso / Que conste en el primer número de NORTE nuestro agradecimiento. Que coincide, camarada venerable, con el homenaje de nuestro cariño

EL SOCIALISTA

ÓRGANO DEL PARTIDO OBRERO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

ESPAÑA, 1 peseta trimestre; ULTRAMAR, 1,25
PORTUGAL, 1,50 peseta; EXTRANJERO, 1,75.

Número suelto, 5 cént.; paquete (30 números), 1 peseta

APARECERÁ LOS VIERNES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Hernán Cortés, 8, principal

PUNTOS DE SUSCRIPCION

MADRID: En la Administración.
BARCELONA: Calle de Barbarrá, núm. 25, bajo.

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador

NUESTROS PROPÓSITOS

Vencidas las dificultades que han impedido antes de ahora la aparición de EL SOCIALISTA, éste verá la luz pública la primera semana de marzo.

Aunque el título y el subtítulo de nuestro periódico dan á entender los propósitos que nos animan, para mayor claridad vamos á exponerlos en este número-prospecto, así como á indicar también la manera de cumplirlos.

El antagonismo de clases, eje sobre el que han girado todas las sociedades históricas, ha perdido ya la complejidad de otros tiempos y se presenta hoy reducido á su expresión más sencilla, á la lucha entre dos solos bandos: uno, compuesto de los detentadores de todos los medios de producción; otro, formado de los que carecen en absoluto de ellos; esto es, de una parte, burgueses; de otra, obreros.

La evolución económica, es decir, el desarrollo del actual sistema de producción, al par que marca y acentúa cada vez más el antagonismo de las dos clases existentes, reduce de día en día la burguesía y aumenta considerablemente la proletaria, demostrando al propio tiempo que mientras los individuos de ésta son necesarios, indispensables á la producción, los de aquélla van adquiriendo de momento en momento un carácter parasitario.

Pero el desenvolvimiento del actual sistema económico no sólo ha realizado esto, sino que al llegar casi á su término ha desarrollado de tal modo las fuerzas productivas, que lo que hasta hoy fué fundamento y base del antagonismo de clases—la falta de productos bastantes para satisfacer las necesidades principales de todos los individuos—haya desaparecido por completo, haciendo por esto mismo posible y necesario armonizar el modo de producción—social—con el modo de apropiación—social también.

Llegadas las cosas á este punto, no hay necesidad de ser profetas para anunciar que la muerte de la burguesía como clase, no ya se acerca, sino que viene á pasos de gigante, y por consiguiente, que la hora de la desaparición de los antagonismos sociales y la era de paz y de armonía entre los hombres está muy próxima. Pero por próximo que se halle este suceso, por grande que sea la fuerza que el desenvolvimiento económico preste por sí solo para hacerle surgir, no es dable á la clase trabajadora esperar cruzada de brazos á que el movimiento evolutivo llegue á su último término, es decir, á que el desarrollo capitalista reduzca á los poseedores de todos los medios de producción á un grupo completamente reducido é inútil. Al contrario, en estos momentos de crisis social, en que los proletarios sufren agudísimos dolores, crueles tormentos, terribles angustias y espantosas miserias, es cuando más les urge, cuando más les precisa, cuando se les impone con fuerza abrumadora acelerar el desenlace, abreviar las últimas fases del actual sistema económico.

No queremos decir con esto que el antagonismo de clases pueda desaparecer merced al antojo de una agrupación más ó menos numerosa, más ó menos convencida de los ideales que defiende; nada de eso: nosotros sabemos que las ideas no triunfan, no llegan á ser realidades, interin las condiciones materiales, de que aquéllas son fiel reflejo, no existan previamente. Lo que queremos manifestar al decir que urge á la clase obrera acelerar el término

de su esclavitud, es que debe organizarse, fijarse bien en su situación, adquirir conciencia de sus intereses, y con arreglo á lo que éstos demandan, no encontrarse sorprendida por los hechos económicos, sino preverlos, encauzarlos cuanto pueda, deteniendo en cuanto sea posible sus malos efectos y facilitando el desarrollo de su lado bueno; en una palabra, hacer frente á todo aquello que tienda á perjudicarla, y ayudar y contribuir con su esfuerzo á cuanto en poco ó en mucho favorezca la terminación de su dependencia.

Ahora bien: para que la clase asalariada llegue á adquirir cabal conocimiento de su estado y de sus intereses; para que logre, si no dominar, siquiera prever los hechos económicos y sacar de ellos todo el partido posible para su causa, es necesario de todo punto que el antagonismo de clases sea comprendido totalmente por los cerebros obreros. La lucha económica que ha ya tiempo mantienen, ha despertado en ellos el espíritu de clase y hécholes conocer, por decirlo así, los primeros rudimentos de aquel antagonismo; pero si la lucha de clases se engendra y nace en el terreno económico, desarróllase y termina en el terreno político, por más que hasta última hora se mantenga simultáneamente en ambas esferas. Por eso es indispensable, para arraigar en los trabajadores el espíritu de clase, que la lucha económica ha hecho nacer en ellos, llevar su acción, como tal clase, al campo político. Completando en él su educación revolucionaria, verán con entera claridad el lazo estrecho, la comunidad de intereses que une á todos sus explotadores, á todos sus verdugos, sea la que quiera la profesión que ejerzan y el partido burgués en que militen. En él verán principalmente cómo el mecanismo gubernamental no está montado para garantizar los intereses de todos, sino para servir y favorecer los intereses de una clase; cómo los Gobiernos no son encargados de defender el derecho de cuantos componen la sociedad, sino que, hechura y representación de la clase explotadora, su única misión es conservar y, en caso de necesidad, defender los monopolios y privilegios de dicha clase; cómo las leyes no son hechas por todos y para beneficio de todos, antes al contrario, son elaboradas por la clase burguesa en beneficio exclusivo de la misma; cómo el clero, la magistratura, la policía y el ejército, ruedas todas del poder político burgués, responden solamente á la necesidad de sancionar la explotación capitalista, de hacer cumplir todo aquello que á ésta conviene, de perseguir á los proletarios que traten de esquivarla y de someter por la fuerza á los que, hartos de sufrir y con energía suficiente para no tolerar en silencio las condiciones cada vez más duras que se les imponen, se resisten á aceptarlas ó se rebelan contra ellas. Además, la acción política obrera proporcionará otra ventaja inmediata, cual es la de desenmascarar á los hombres de los partidos burgueses avanzados, que, no obstante ser tan fieles guardianes de los intereses de la burguesía como los hombres de los partidos conservadores, pretenden pasar por celosos defensores de los intereses obreros.

Y de todo este conocimiento, de todas estas verdades, resultará como lógica consecuencia una verdad superior: la de que siendo el poder político la fuerza con que cuenta la burguesía para imponerse y esclavizar al proletariado, es forzoso que éste, si quiere ser libre y arrojar de sí para siempre la vil coyunda que le oprime; si quiere alcanzar su redención, y con ella la de todo el género humano, se apodere revolucionariamente de aquel poder, y destruyendo desde él la última clase privilegiada, con-

vierta en propiedad social ó común todos los medios de producción.

Así, pues, el primero y principal propósito de EL SOCIALISTA será procurar la organización de la clase trabajadora en partido político distinto y opuesto á todos los de la burguesía, desde el más retrógado hasta el más avanzado, desde el absolutista hasta el republicano federal. ¿Cómo tratará de cumplirlo? Defendiendo resueltamente, enfrente de dichos partidos, el siguiente

«PROGRAMA DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL

«Considerando:

«Que esta sociedad es injusta porque divide á sus miembros en dos clases desiguales y antagónicas; una, la burguesía, que, poseyendo los instrumentos del trabajo, es la clase dominante; otra, el proletariado, que, no poseyendo más que su fuerza vital, es la clase dominada;

«Que la sujeción económica del proletariado es la causa primera de la esclavitud en todas sus formas: la miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política;

«Que los privilegios de la burguesía están garantizados por el poder político, del cual se vale para dominar al proletariado;

«Por otra parte:

«Considerando que la necesidad, la razón y la justicia exigen que la desigualdad y el antagonismo entre una y otra clase desaparezcan, reformando ó destruyendo el estado social que las produce;

«Que esto no puede conseguirse sino de un modo: transformando la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos del trabajo en propiedad común de la sociedad entera;

«Que la poderosa palanca con que el proletariado ha de destruir los obstáculos que á la transformación de la propiedad se opongan ha de ser el poder político, del cual se vale la burguesía para impedir la reivindicación de nuestros derechos:

«Por todas estas razones, el Partido Socialista declara que tiene por

ASPIRACIÓN

«1.º La posesión del poder político por la clase trabajadora.

«2.º La transformación de la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos del trabajo en propiedad común de la nación.

«3.º La constitución de la sociedad sobre la base de la federación económica, de la organización científica del trabajo y de la enseñanza integral para todos los individuos de uno y otro sexo.

«En suma: el ideal del Partido Socialista es la completa emancipación de la clase trabajadora. Es decir, la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados é inteligentes.

«El Partido Socialista considera como medios inmediatos para realizar su aspiración, los siguientes:

«Derechos de asociación.—De reunión.—De petición.—De manifestación.—De coalición.—Libertad de la prensa.—Sufragio universal.—Seguridad individual.—Inviolabilidad de la correspondencia y del domicilio.—Abolición de la pena de muerte.—Un solo fuero.—Justicia gratuita.—Jurado para toda clase de delitos.—Milicia popular.—En tanto que el ejército subsista, servicio general y obligatorio.—Reducción de las horas de trabajo.—Prohibición del trabajo de los niños en las condiciones en que hoy se verifica.—Prohibición del trabajo de las mujeres cuando éste sea poco higiénico ó contrario á las buenas costumbres.—Leyes protectoras de la vida y de la salud de los trabajadores.—Creación de Comisiones de vigilancia, elegidas por los obreros, para inspeccionar las habitaciones en que éstos vivan, las minas, fábricas, talleres y demás centros de producción.—Responsabilidad pecuniaria de los dueños de cualquier industria en materia de accidentes del trabajo.—Protección á las Cajas de socorros y pensiones á los inválidos del trabajo.—Reglamentación del trabajo de las prisiones.—Creación de escuelas profesionales y de primera y segunda enseñanza gratuita y laica.—Reforma de las leyes de inquilinato y desahucio y de todas aquellas que tiendan directamente á lesionar los intereses de la clase trabajadora.—Adquisición por el Estado de todos los medios de transporte y circulación, así como de las minas, bosques, etc., etc., y concesión del trabajo de estas propiedades á las Asociaciones obreras constituidas ó que se constituyan al efecto.

«Y todas aquellas reformas que el Partido Socialista acuerde, según las necesidades de los tiempos.»

Aunque la lucha económica—la huelga—es incapaz por sí sola de librar á la clase trabajadora de la servidumbre á que está sometida por la burguesía, contribuye, sin embargo, poderosamente á preparar las fuerzas que han de llevar á cabo aquella empresa.

Ella ha sido la que ha puesto á la vista de los trabajadores la incompatibilidad de los intereses de éstos con los intereses patronales ó capitalistas; ella la que ha dado á conocer á los proletarios el valor de su fuerza cuando están unidos; ella la que les ha hecho sentir la necesidad de una organización y una disciplina; ella la que crea entre los asalariados hombres capaces de administrar y dirigir agrupaciones numerosas; ella la que les demuestra que, en las contiendas con los burgueses, las ideas de libertad y autonomía tienen un valor negativo, sirviendo tan sólo para que se escuden tras ellas los cobardes y desertores de la causa del trabajo; ella, en fin, la que señala á los proletarios el camino de la acción política.

Si estos resultados ha producido y produce en nuestro país la lucha económica, que no ha adquirido aún grandes proporciones y que ha contado con una organización relativamente imperfecta, calcúlese qué beneficios podrá reportar al socialismo revolucionario el día en que las fuerzas que tomen parte en esa lucha sean más numerosas y adquieran conciencia y unidad mayores de las que hoy tienen.

Salta, pues, á la vista la conveniencia de que los que profesamos las ideas socialistas apoyemos con todas nuestras fuerzas el movimiento económico obrero y contribuyamos á que se desarrolle y se haga poderoso y fuerte; tanto más, cuanto que teniendo dicho movimiento por objetivo inmediato disminuir en lo posible la explotación de los obreros y alcanzar para éstos mayor respeto y consideración de los que se les tiene, está en nuestro deber de socialistas y en nuestro interés de proletarios trabajar por que todo eso se logre.

Además, hay otra razón de primer orden para que la lucha económica reclame de nuestra parte atención principal y poderoso concurso.

Por el indisoluble lazo que une la acción política obrera con el movimiento económico de esta clase, llegarán ocasiones, habrá momentos en que las Sociedades de resistencia, como tales, se verán obligadas á apoyar la acción política, uniéndose entonces con el Partido Socialista Obrero; como las habrá también, por

la intervención de los Gobiernos, en que la lucha económica, al adquirir ciertas proporciones, se convierta en lucha política; en cuyo caso el Partido Socialista tiene marcado su puesto al lado de las Sociedades de resistencia que mantengan la contienda, no sólo con los industriales, sino principalmente con el poder burgués.

Pero entiéndase bien, que no porque en ocasiones, que seguramente se repetirán á menudo, las sociedades de resistencia tengan que colocarse abiertamente al lado del Partido Socialista, y éste, en otras, al lado de las Sociedades de resistencia, hemos de pedir que unas y otro figuren comprendidos en una sola organización. Nosotros creemos que, aun en el caso, que se halla un tanto lejano, de que todos los trabajadores tuvieran el mismo criterio político que tienen los individuos del Partido Socialista Obrero, el movimiento económico debería tener una organización adecuada á su objeto y la acción política otra distinta y adecuada al suyo. Con mayor motivo opinamos que esto debe suceder hoy, esto es, que el movimiento obrero tenga una organización propia para su fin, sin que para el ingreso en ella se pida profesión de fe política, admitiendo á cuantos estén conformes en disminuir su explotación y en trabajar por conseguirlo; porque si otra cosa se hiciera, si para entrar en el campo de la resistencia se exigiera determinada declaración política, aunque ésta fuera la que nosotros creemos más acertada, la del Partido Socialista, excluiríamos de ella á muchos trabajadores que, por error, militan todavía en los partidos burgueses; con lo cual, no sólo perdería el movimiento económico esas fuerzas que le son necesarias, indispensables de todo punto para alcanzar su objeto, sino que, además, se retrasaría la educación revolucionaria de las mismas por desconocer las enseñanzas que suministra la lucha económica.

En virtud de lo expuesto, EL SOCIALISTA consagrará especialísima atención al movimiento económico obrero. Desde sus columnas, además de difundir el principio de asociación y excitar á que se acojan á él todos los asalariados, expondrá el procedimiento que estime mejor para afirmar las Sociedades nacentes, desarrollar las constituidas y hacer que de un modo seguro y firme, y según la relación y los lazos que tengan unos oficios con otros, se creen agrupaciones poderosas, que más tarde, cuando se hallen ya suficientemente afianzadas, constituyan un organismo superior, fuerte y robusto, capaz de hacer frente á las Ligas y Asociaciones patronales.

Excusado nos parece decir que, enfrente del interés industrial, toda huelga, grande ó pequeña, revista ó no caracteres de oportunidad, encontrará en EL SOCIALISTA un incondicional defensor. Esto no obstante; cuando estudiemos el punto concreto de las huelgas manifestaremos cuáles son las condiciones en que éstas deben verificarse; salvo, como es consiguiente, los casos en que la extremada codicia burguesa las hace de todo punto inevitables.

Además, EL SOCIALISTA, á fin de que pueda apreciarse y conocerse bien el movimiento económico publicará constantemente una Sección compuesta de noticias referentes al desarrollo societario y á la marcha de la resistencia, tanto en España como en los demás países. Para poder cumplir mejor este propósito, recomendamos y agradeceremos á las Sociedades obreras que nos faciliten toda clase de datos, ya sean de los progresos que alcancen en su organización, de sus contiendas con los industriales, del resultado de éstas, como de cuanto pueda interesar á la clase obrera.

Individualmente, los obreros tendrán siempre abiertas las columnas de EL SOCIALISTA para denunciar los atropellos, las arbitrariedades y las infamias que en número crecidísimo cometen con ellos sus explotadores y los capataces de éstos.

Expuestos ya los dos principales propósitos que EL SOCIALISTA llevará á cabo, réstanos hacer algunas observaciones sobre otros puntos relativamente secundarios.

Es la primera, que para fortalecer, para arraigar cuanto sea posible la educación revolucionaria de los trabajadores españoles, EL SOCIALISTA se propone dar á conocer extensamente el estado del movimiento político y obrero de cada país y los progresos que haga en ellos el socialismo. A este fin, y para que nuestro deseo se cumpla mejor, procuraremos tener corresponsales en las capitales de los mismos que nos den periódicamente cuenta de los su-

cesos más importantes que ocurran sobre política obrera.

También consideramos de algún interés dedicar parte de las columnas de EL SOCIALISTA á registrar cierta clase de hechos que los individuos de la burguesía suelen realizar con frecuencia. La clase burguesa, como organismo que se ha gastado mucho y que se encuentra en sus últimos instantes, empieza á descomponerse. Velada ya su inteligencia, escasa de vigor y de energía, siéntese poseída de los apetitos más groseros, y como no hay valla que la detenga, como cuenta con la impunidad de sus faltas, corre prisa á satisfacerlos, sin cuidarse lo más mínimo de sus consecuencias. Gran parte de estos hechos pasan desapercibidos; pero, á veces, la falta de rubor ó la sobra de cinismo de sus autores los dan á conocer, y aunque la Prensa burguesa, guiada del instinto de clase, pone especial cuidado en impedir que se divulguen, nunca faltan egoísmos personales, odios ó rencores de las víctimas que los saquen á la superficie. Poner al descubierto la corrupción, la concupiscencia y las infamias de los individuos ó colectividades de la clase burguesa es utilísimo, pues hay todavía proletarios que cándidamente creen que en la clase elevada, bajo el raso, la seda y los gabanes de pieles se ocultan condiciones morales superiores á las de los individuos de su clase, cuando generalmente sucede todo lo contrario. Desacreditar, por sus actos faltos de moral, á la clase burguesa es prestar un servicio á la causa de la emancipación obrera.

No figuramos en el número de los que creen que la clase obrera no podrá emanciparse mientras carezca de una sólida instrucción: si esto fuera cierto, la esclavitud de los trabajadores sería eterna. Si el obrero no gana en el actual sistema económico sino para atender mezquinamente á sus necesidades materiales, ¿cómo es posible que pueda comprar la instrucción, puesto que ésta también se compra? Si el obrero se ve obligado á trabajar una jornada excesivamente larga, que le rinde y extenua, ¿cómo puede encontrarse en disposición conveniente para estudiar y aprender? La instrucción del obrero, una instrucción científica y completa que le haga ser hombre inteligente, útil á sí mismo y á sus semejantes, es imposible que pueda adquirirse en el sistema económico actual. Por tanto, los que de veras quieran ver libre de toda preocupación é instruido al trabajador, deben trabajar por la emancipación de toda su clase, y en tanto se preparan los elementos necesarios para alcanzarla, ante la imposibilidad de una instrucción completa, darle aquella que le haga conocer cuanto antes lo que es hoy y lo que debe ser mañana; cuáles son las causas de su mal y dónde está su remedio: en una palabra, que la instrucción que se le dé le haga ser un buen soldado de su propia causa.

EL SOCIALISTA cumplirá por su parte este deber dando á luz en sus columnas todos los documentos ó escritos importantes que puedan conducir al trabajador á aquel fin.

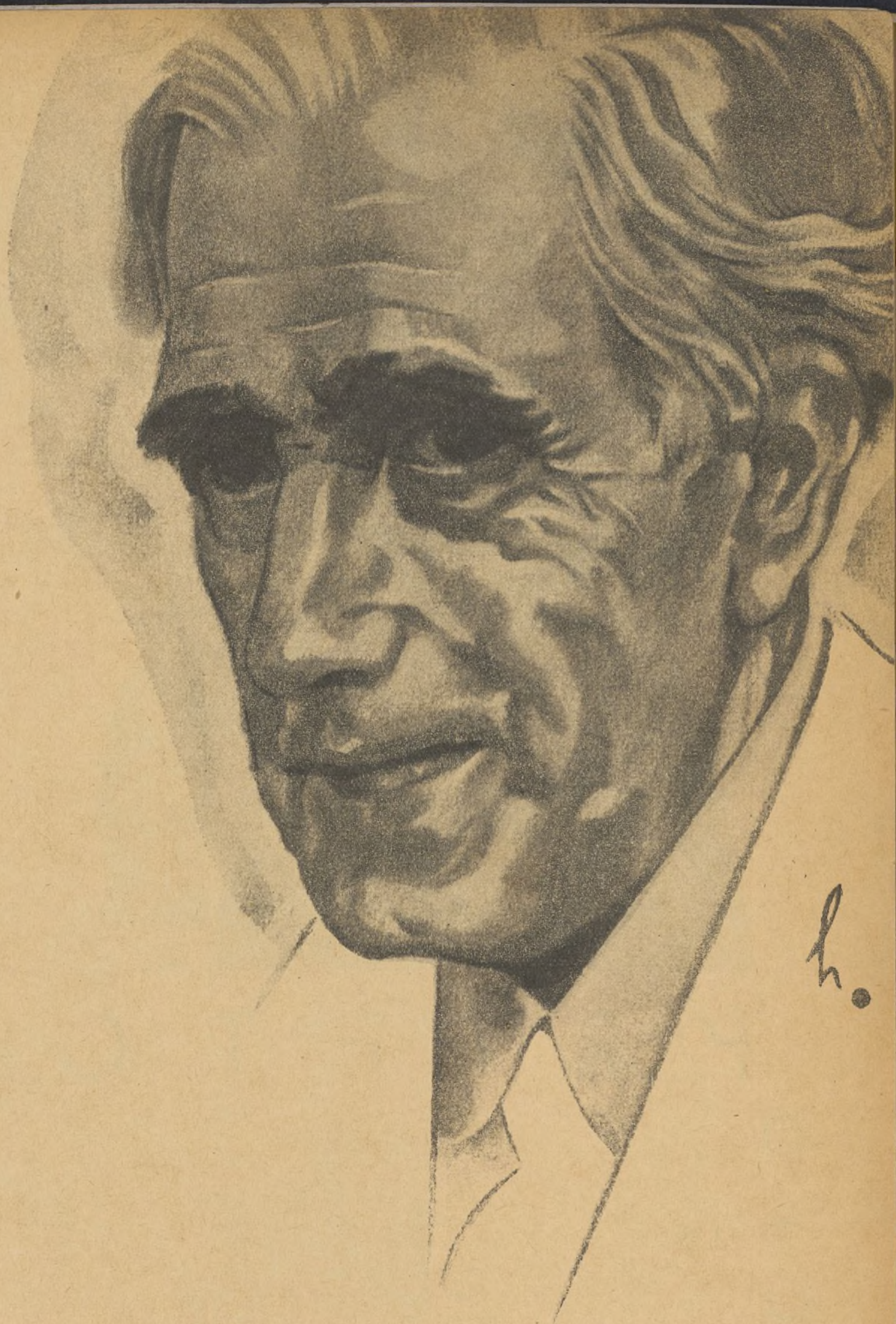
En resumen, y como última palabra acerca de nuestros propósitos: EL SOCIALISTA será un periódico consagrado única y exclusivamente á procurar que la clase trabajadora alivie momentáneamente sus males y se ponga en condiciones de librar la batalla que ha de redimir la para siempre del cautiverio que ha sufrido en todos los tiempos que registra la Historia.

Cuanto á los medios de existencia con que cuenta EL SOCIALISTA, poco tenemos que decir: creado este semanario por la iniciativa y el esfuerzo de un grupo de socialistas, y realizada una emisión de acciones con tal objeto, al propio tiempo que irá introduciendo en las condiciones de su publicación todas las mejoras que le facilite el concurso de la clase á que ha de consagrarse, procurará la amortización de aquéllas con la rapidez que sus recursos le permitan.

Por último, para satisfacción propia y la de todos aquellos que nos presten su auxilio en la empresa que hoy acometemos, EL SOCIALISTA tendrá suma complacencia en que sus operaciones administrativas sean examinadas con escrupulosidad y con frecuencia por cuantos así lo estimen conveniente.

EL CONSEJO DE REDACCIÓN.

R. Velasco, imp., Rubio, 20.—Madrid



JULIAN

BESTEIRO

No vamos a tener la pretensión de descubrir al lector la figura intelectual y política de nuestro camarada. Sus actividades universitarias y políticas son suficientemente conocidas y han merecido la alta consideración de todos los buenos españoles. Por sus méritos personales, por su saber, por la pulcritud de su espíritu, es una figura de relieve internacional que honra a nuestro Partido y a nuestro país. A los dos les ha servido siempre con inteligencia y honestidad.

Conocemos la fina sensibilidad de nuestro camarada. Por ello sabemos cuán profundamente le afectan los padecimientos que sufre el país. Julián Besteiro es internacionalista, pero en él, como en el glorioso e inmortal Jaurés, el internacionalismo no ha disminuído su exaltado amor a España.

Julián Besteiro es un intelectual marxista. Ahora que las fuerzas del pasado han desencadenado en el mundo una ofensiva violenta contra el marxismo, nuestro camarada proclama con más firmeza que nunca su fe en las ideas de Marx: «Solo en el socialismo hallará la Humanidad solución a sus problemas», dice.

El Partido Socialista y la España republicana han de beneficiarse con los pensamientos serenos y clarividentes de nuestro ilustre compañero.

Nos place enviarle en estas líneas la expresión de nuestro afecto y nuestro cariño.



Ya, hace dos años...

P R I E T O

I N D A L E C I O

En primer término se destaca el hecho de que los militares españoles alzados en armas contra el Poder legítimo del pueblo, no han sentido el menor escrúpulo en solicitar el auxilio extranjero. ¡Extraña psicología la de esos titulados defensores de la Patria! Porque esa ingerencia, por ellos indudablemente solicitada y desde luego admitida, supone en sí misma una ofensa al decoro español. Ya es bochornoso que en nuestras querellas internas se mezclen los extraños; pero, ¿se han parado los sediciosos a meditar sobre las posibles consecuencias de una ingerencia de tal género?

En la política internacional pesan poco—lo hemos visto muchas veces y lo estamos viendo ahora—las afinidades políticas. Las potencias, inspiradas por profundos egoísmos nacionalistas, no se mueven a impulsos de la simpatía o la antipatía por un régimen determinado: se mueven exclusivamente a impulsos de sus intereses, nada más que de sus intereses. A Italia, por ejemplo, le sugestionaría muy poco la implantación en España del fascismo, de un régimen autoritario cualquiera, sino adivinara la posibilidad de obtener a través de él ventajas considerables para su afán imperialista. Si un auxilio suyo determinase la victoria de los facciosos, pasaría muy pronto la factura, la cual habría de ir en detrimento de nuestra soberanía.

*
**

Lo indudablemente cierto es que los insurrectos reciben del extranjero material de guerra y personal apto para su manejo, lo cual revela la torpeza diplomática cometida por Francia al apadrinar su ya famosísima fórmula de neutralidad, cuyo resultado práctico es—no podía ser otro—que los países amigos de España se desentiendan de su obligación de apoyar a nuestro Gobierno legítimo, y que las naciones simpatizantes con el movimiento insurreccional apoyen éste con poco o sin ningún disimulo.

¿Cómo deshacer la tremenda injusticia que supone esta realidad? Ya fijé días atrás el carácter universal de la batalla, una de cuyas etapas se está librando ahora en España. Tenemos derecho quienes resistimos aquí la acometida del fascismo a la solidaridad de la democracia del mundo entero. Pero no a una solidaridad platónica que tiene por expresión meros mensajes de simpatía, sino a una solidaridad que se traduzca en apoyos efectivos. No reclamamos otros apoyos que los estrictamente legítimos; es decir, los reconocidos por el Derecho Internacional a todo Gobierno legalmente constituido. Esos apoyos son los que debe lograr la solidaridad a que apelamos. ¿Cómo? Presionando las masas de los países democráticos a sus respectivos Gobiernos para que enmienden el yerro en que han incurrido y por el cual nos niegan los medios de lucha que naciones de régimen autoritario conceden a manos llenas a nuestros enemigos. Exigimos simplemente una conducta lícita frente a un proceder ilícito.

AGOSTO DE 1936

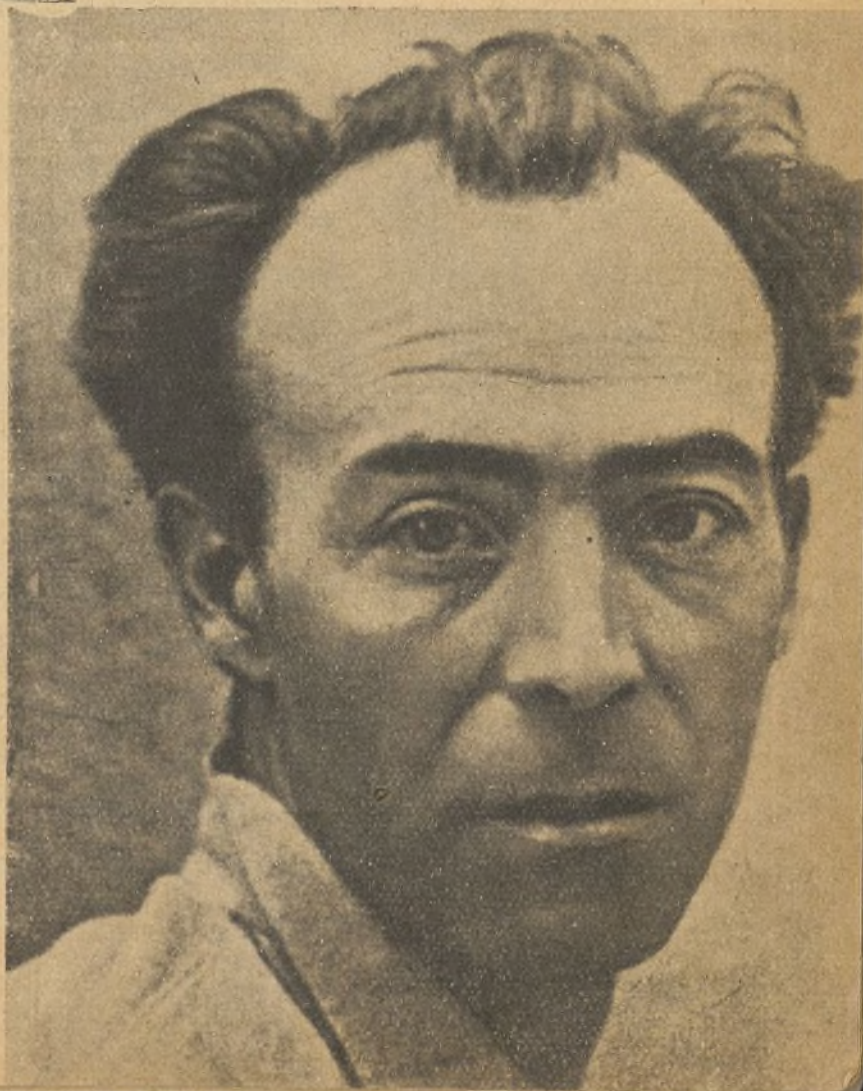
EMILIANO BARRAL

NORTE

13



El alma ingénua de Barral —tenía la sencillez y la credulidad característica de los artistas de raza— recibió, al desencadenarse la traición militar, amargas e inesperadas sorpresas de algunas de sus amistades. El drama tenía la virtud de poner a la superficie el fondo del carácter de cada cual. Y algunos, ante la gran prueba caían hechos guiñapos y en miserable extravío. Había una revalorización humana de la que nadie escapaba. Así era de tajante la opción por uno u otro camino. Barral se sorprendía de los vacilantes y calculadores. Apenas tenía paciencia para soportarlos. Se abrazaba al pueblo y con él marchaba a la sierra. Mantenía allí enhiesta su libertad, más obligada y más integral, en un auténtico artista. Cayó Barral en las avanzadas de las libertades. Cayó como correspondía a un artista de su talla: defendiendo con desprendida generosidad los ideales que fueron eje y motor de su vida. Era así de grande Barral.



LA PRODUCCION A LO QUE RESULTE

• A U T O C R I T I C A •

Las revoluciones no suelen ser la realización académica de una trayectoria matemáticamente establecida de antemano al apoyo de determinado sistema doctrinal. Más bien son, como la vida misma, una exploración, un accidentado abrirse camino por tierras desconocidas.

Los datos teóricos, las previsiones racionales valen mucho en semejantes trances, pero a condición de corregirlos a cada momento. Y esta capacidad de rectificar sin perder la orientación, cierta natural docilidad para plegarse a los accidentes del terreno sin llegar a extraviarse, es lo que suele permitir cubrir una trayectoria, en la que no importa tanto la nitidez y continuidad elegante de la curva como el llegar a un resultado positivo.

Fijándonos ahora en la realidad social española del momento, no es difícil discernir, que la falta inicial de una flexibilidad de esta clase, el defecto de servirse de los conceptos en su forma de cristalización, el vicio de tomar los principios por sus extremos, ha sido altamente perjudicial a los resultados de la especie de ensayo socializador de la producción en que se ha comprometido la revolución sobrevenida en España como consecuencia del levantamiento militar fascista.

En primer término, se creyó que los principios obligan **en absoluto**, y se ha pretendido en consecuencia extender el sistema hasta los últimos límites, y así vimos intervenida por un Comité la jaula de un canario, según la intencionada ironía de un artista valenciano, y expropiados rigurosamente pobres maestros de oficio sin más capital que la muestra de su estrecho obrador artesano y su clientela tradicional.

La rigidez cristalina de los conceptos vino luego a complicar esta demasía extensiva, midiendo con el mismo rasero al bueno, al malo y al mediano, con lo que se le añadió a los serios inconvenientes de aquella demasía el perjuicio gravísimo de unos resentimientos que, en ciertos casos, han podido fundarse en razones de justicia. Al punto de que se ha llegado a decir, — con evidente exageración, pero no sin algún motivo — que en el caso de un plebiscito en España, si bien nosotros ganaríamos, desde luego, en la zona fascista, quizá ganaran los enemigos de nuestra revolución en el lado gubernamental.

Pero lo más grave que ha ocurrido con el aludido ensayo, no es ni aquella demasía extensiva ni los excesos que han alcanzado a gentes modestas de formación democrática y propensión liberal. Lo más grave es el habernos figurado que la revolución consiste en un mero cambiarlo todo, y creer que lo cambiábamos todo con mudar de nombre a las cosas, sin darnos cuenta de que en el sistema que se trata de sustituir, con todo y sus muchos defectos, rigen ciertas virtudes imprescindibles, cuya ausencia a veces es socialmente mucho más grave que la presencia de aquellos defectos. Con lo que, al poco, nos hemos encontrado en muchos casos con los defectos reinstalados en su lugar, sin que aparecieran por ningún lado las virtudes imprescindibles que debían acreditar el cambio. El resultado para la producción ha sido fatal, y mucho más fatal por vivir el país en circunstancias de guerra.

Confesado esto con un gran dolor del alma, pero con el valor que exige el culto a la verdad y el interés por los prestigios doctrinales que nos han ilusionado toda la vida, vale la pena de decir otras dos palabras sobre los criterios verdaderamente revolucionarios que no debíamos de haber perdido de vista en semejante ocasión, por si es tiempo todavía de corregir algunos defectos.

Nadie a estas alturas podría discutir seriamente que la producción, en una sociedad, todo lo socialista que se quiera, que trate de realizarse en estos climas del capitalismo moderno, no tenga que ser, como la producción capitalista que se trata de sustituir, industrial y maquinista, resultado de la más estricta y amplia aplicación a ella de las técnicas del día.

La vuelta a un gremialismo patriarcal de otros tiempos, no pasa de ser el sueño de un instante romántico de la historia social, como el sueño estético de los prerrafaelistas de Inglaterra. Después, consagrada definitivamente la máquina, todo ha conspirado para certificarnos que todas las realizaciones sociales, incluso esa de una reintegración a la persona individual de su facultad creadora con las oportunidades de ejercitarla libremente, tienen que venir de un total aprovechamiento social de las inmensas posibilidades de la técnica, que representan una liberación, un asunto mayor que el que procuraba a los atenienses del siglo de Pericles una población enorme de esclavos.

La revolución tenía que haber sido, pues, un serio intento sobre las grandes industrias que caracterizan la Economía moderna, realizando en ellas la nueva fórmula social, sin entretenerse demasiado en suscitar el mundo de dificultades políticas que representa el herir innecesariamente las extensas capas sociales de lo que aquí llamamos las clases medias.

La nueva fórmula social, por lo demás, salvo algunas concentraciones que están en las tendencias o propensiones naturales de las industrias mismas llegadas a cierto grado de desarrollo, no significa ningún trastorno mayor en la arquitectura o morfología del sistema de la producción actual representada por la fórmula empresaria. La Empresa, la grande Empresa naturalmente, como órgano elemental del sistema de la producción, es la llamada a continuar la historia económica hasta muy distantes latitudes en francos dominios del Socialismo. La nueva fórmula social se reduce así a una declaración jurídica sobre quien sea en lo sucesivo el titular del capital patrimonial de las Empresas, y puede no implicar exteriormente mayores cambios que los que supone el endoso que a diario se efectúa en Bolsa de los títulos representativos de ese capital, sin que se entere siquiera de ello para nada el cuerpo vivo de trabajo que integra esas Empresas y las hace andar y prosperar.

Pero proveído en nuestro caso a esta diligencia, formal en apariencia, eminentemente sustancial en el fondo, ya por disposiciones legislativas o por vías de hecho como no pudo por menos de ocurrir, privando de su privilegio a favor de la comunidad a los antiguos propietarios, factores de la rebelión facciosa, hubiera sido menester haber emprendido la gestión de las Empresas con un criterio fundamental inexcusable, en el que se concentrara todo el sentido de responsabilidad histórica y revolucionaria de la clase trabajadora comprometida en esta aventura, a saber: **superar la gestión de los antiguos capitalistas en calidad y rendimiento de la obra**. Porque he ahí, en definitiva, el índice en que real y verdaderamente se ha de registrar la solidez, el valor y el grado de viabilidad del ensayo en que nos hemos embarcado.

Cierto, ciertísimo que hay que tener en cuenta ciertas dificultades y obstáculos inherentes a las circunstancias, y también las concesiones que hay que hacer a la condición de ensayo de la experiencia, pero, valoradas estas dificultades y obstáculos y todo lo demás en su justo volumen, no hay ni puede haber más revolución positiva que la que resulte de aquella comparación con los antiguos gestores y su obra que está en la Historia.

Y la verdad verdadera es, que, en términos generales, se ha procedido con una alegría inconsciente, sin llegar a sentir aquella responsabilidad, la preocupación de este papel histórico, **produciendo las cosas a lo que resulte**.

Y esto, no porque los factores del coste estuviesen influidos por la inestabilidad consiguiente al proceso de inflación que ahora sufrimos, porque el defecto es anterior a la inflación, sino, fundamentalmente, porque los rendimientos del trabajo desde un principio, son el factor menos seguro de las obligadas previsiones que han de presidir la economía interna de toda Empresa.

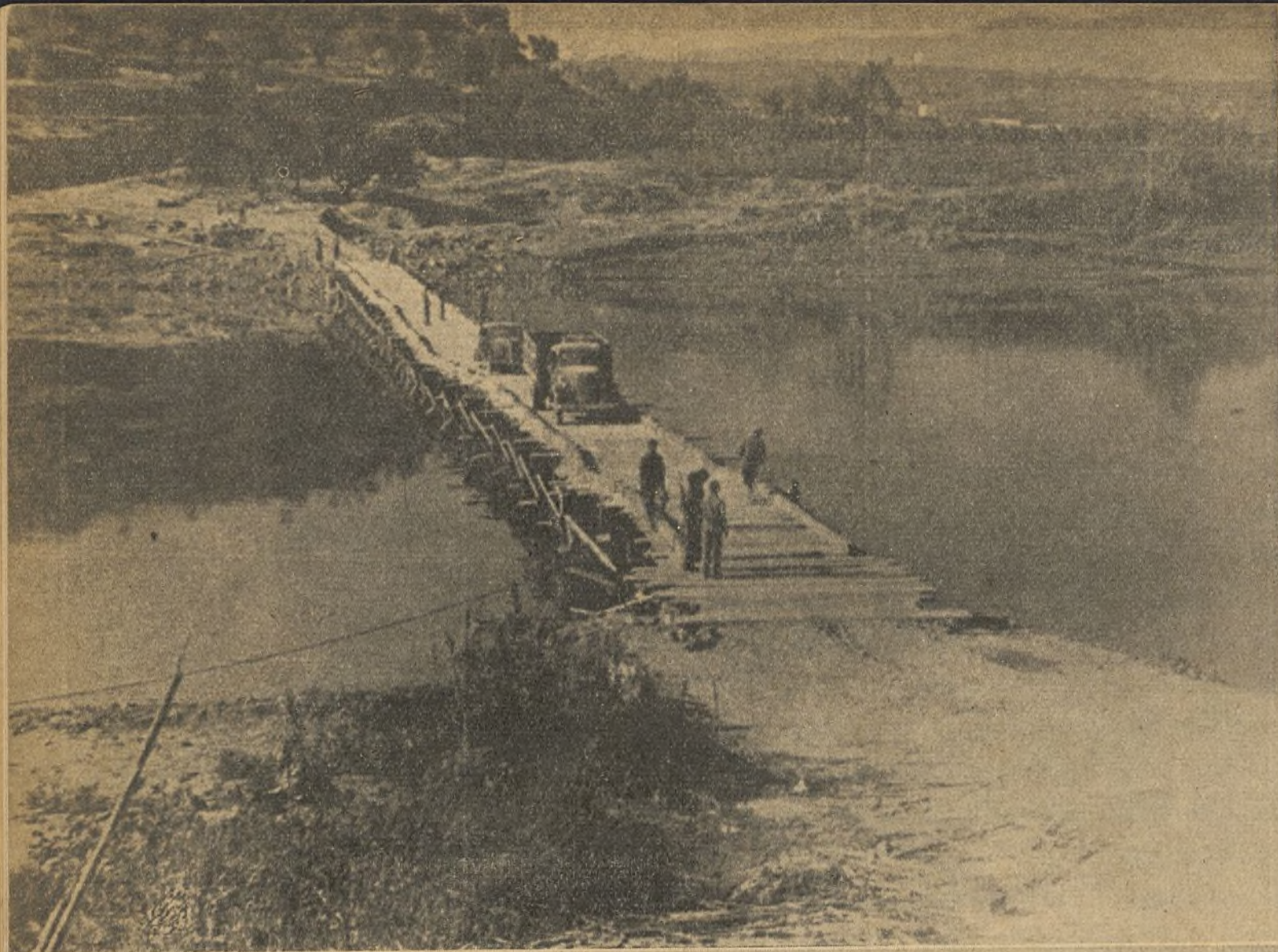
Y es justamente este sistema de producción **a lo que resulte**, instalado en las industrias principales, lo que mayormente ha dado origen, volumen y categoría de problema grave a la inflación a que luego nos hemos visto arrastrados.

Por lo mismo que queda indicado, no hay manera de poner remedio a semejante daño, mientras no se rectifiquen radicalmente ciertas conductas en el trabajo y no haya posibilidad de presupuesto para las cosas. He ahí todo el problema en su desnudez y simplicidad.

Mucho, mucho representa el prestigio doctrinal que hemos comprometido en este ensayo social los trabajadores, pero, con todo, importan más aun las situaciones de catástrofe a que puede conducir al país la persistencia en el daño.

Todas nuestras rectificaciones deben tender, pues, sencillamente, a acentuar a vanguardia el principio social de la gran producción, por una parte, y, por otra, a recuperar y rebasar los antiguos rendimientos y calidades, para que la obra salga a lo que debe salir, a los costos normales, que cuando no los da la competencia inmediata los determina el nivel internacional y cuando no el laboratorio. Lo contrario viene a ser igual a continuar el privilegio capitalista a beneficio de una nueva especie de ociosidad.

• TORIBIO ECHEVARRIA •



ESTAMPAS NUESTRA LUCHA

FOTOS-PRO

Esfuerzo de los pontoneros de nuestro Ejército. Puente construido por las fuerzas republicanas.



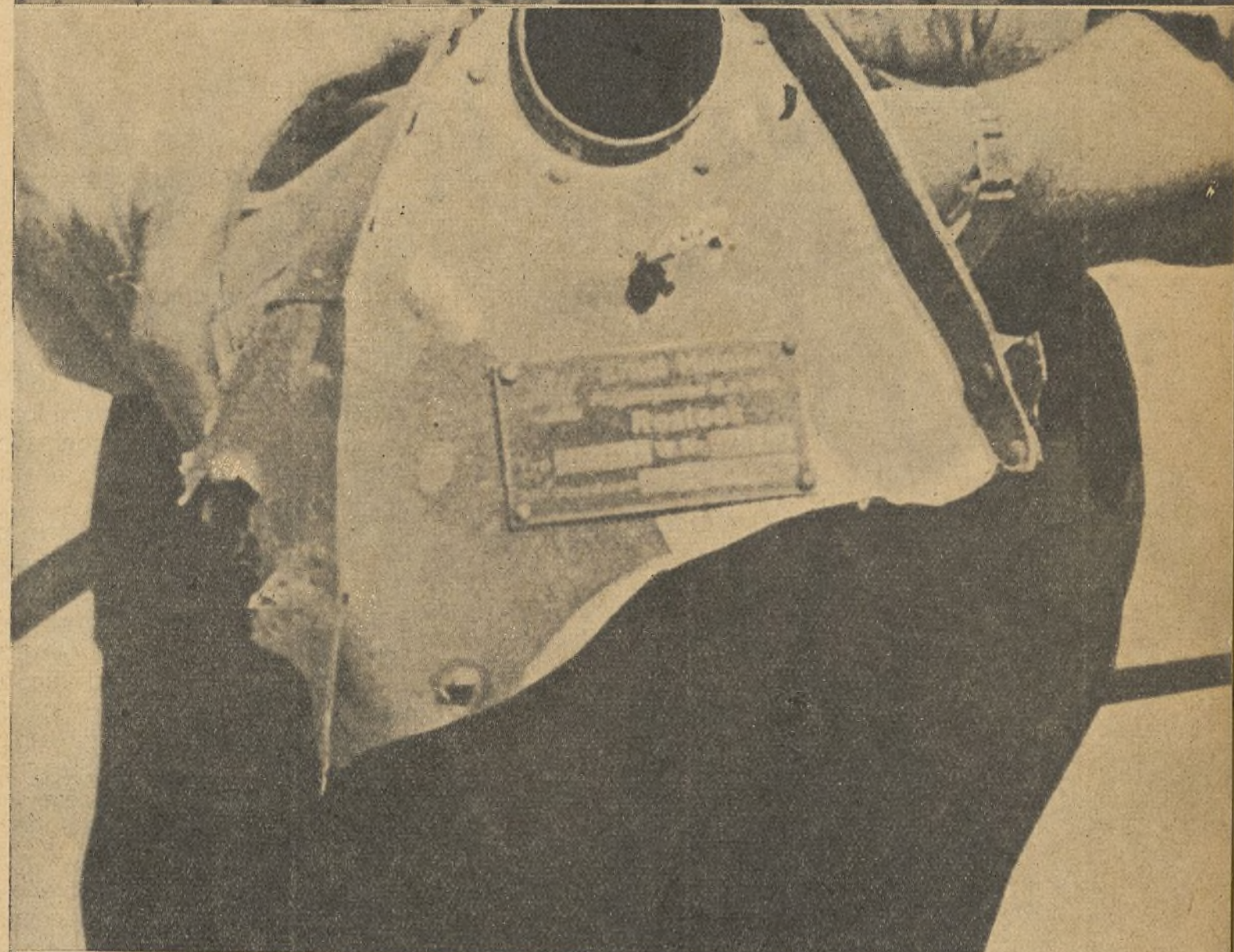
Los soldados del pueblo se lanzan impetuosos: ¡van a recuperar terreno de la Patria!



Los fortificadores, incansables, marchan hacia la obligación. Una obligación en la que no le detendrán los sudores, y de la que no le apartará la metralla.



En los prisioneros hechos últimamente por nuestras fuerzas está bien representado el conglomerado faccioso. Véase en la foto: tres extranjeros y un traidor.



España obedece al Comité de No Intervención y retira así el material extranjero. Placa de un avión alemán derribado por los cazas republicanos en el Ebro.



Grupos de moros hechos prisioneros por el ejército republicano en el Ebro. Uno de ellos, X auténtico fanático agareno, confiesa que vino para matar españoles. Les mató en el Barranco del Lobo, les mataba desde las trincheras y en las trincheras facciosas, en las que asesinaba al oficial que se descuidaba.



B A J O E L S I G N O •

RAMON LAMONEDA

Secretario General del P. S. O. E.

U
N
I
T
A
R
I
O

h. Por muchos que sean —y no son pocos— los inconvenientes con que en la práctica tropieza la unidad, no cabe duda que, o vivimos bajo ese signo, o sufrimos la svástica. Los obstáculos de la unidad son de tipo objetivo y subjetivo. Objetivos, las discrepancias ideológicas, por lo que debe procurarse unir a los afines y no a los antípodas. Subjetiva, la tendencia humana a cifrar los triunfos —generalmente pasajeros— en el **divide et impera**. Al juzgar el resultado de una política de unidad, descontemos lo hecho para impedirla, para aplazarla o para dificultarla y apliquémonos a lo hecho para posibilitarla. No hay unión posible sin sacrificio de algo, siempre inferior en valor al beneficio de la unidad. ¿Por qué dedicarse a suscitar celos y fricciones entre los discrepantes y luego quejarse de que no se reconcilien?

Unidad socialista.—Sería prolijo entrar en el examen de las divisiones producidas en el movimiento socialista, o mejor marxista, desde que los militantes proletarios se agruparon en torno a las ideas de Marx y de Bakunin. Refiriéndonos a España y al P. S., asistimos al espectáculo —realmente confortador— de que, por fin, parece que casi todos los socialistas piensan en que fué un error adjudicarse motes de derecha o de izquierda y que basta y sobra con ser socialista a secas, equidistantes de extremismos y concentrados en una actitud oportunista revolucionaria. ¡Cualquiera se atreva a invocar fulanismos ni a trazar líneas de separación! La fórmula de unidad permanente acaso se conciba, como en Francia, con la existencia pública de tendencias, una especie de pacto entre varios pequeños partidos, por decirlo así, federados, concediéndose beligerancia y tolerancia. ¿Es ello aconsejable? No, ni es posible la paz entre fracciones organizadas, ni con ello se logra un partido con cohesión. No digo monolítico, es decir, de una pieza; digo que el matiz personal tiene derecho a expresarse, no a organizarse como superfetación de partido. No es tolerable una organización dentro de otra cuando se trata de un partido político, que es la agrupación voluntaria de gentes que piensan igual en un credo y en la forma de hacerlo carne. La democracia anda en cierto modo reñida con la eficacia. La democracia interna, pues, no puede consistir más que en tener libre el campo de la iniciativa y de la crítica dentro del Partido y durante los períodos de deliberación.

Unidad marxista.—La existencia de dos partidos socialistas en cada país es consecuencia del rompimiento de la II Internacional. Al rehacerla no hubo posibilidad de acuerdo entre los partidos socialistas del mundo, y casi todos se dividieron. Atribuir sus escisiones a motivos locales es pueril. En Francia, derrotados en su Congreso de Tours, los socialistas separáronse del Partido para crear otro. En España, los comunistas, derrotados en el Congreso de Madrid, no se conforman con la derrota de su punto de vista y crean el P. C. O. En todos los países había, en una y otra fracción, gente prestigiosa de cuya noble pasión por las ideas no puede dudarse. La experiencia de la revolución rusa y el nivel revolucionario del proletariado de todo el mundo crearon diferencias de fondo. En síntesis, como afirmó Quejido, tan propicio a formularlas, volvíamos al programa máximo, dando por liquidada la etapa de reformas que inició el Congreso de París de 1889.

Han transcurrido veinte años. Se ha modificado profundamente la situación. Ni se maldice la democracia, aunque sea burguesa, ni se desdénan las reformas ni se cree como fórmula **tabú** la toma del poder y la dictadura del proletariado. No han sido necesarios veinte años. Desde hace diez, ninguna persona sería podría estimar propicias al éxito las fórmulas ortodoxas de los primeros días de la post-guerra. Quien fuera hacia ello

tenía que encontrárselas de vuelta y sufrir su guiño burlón. ¿Son hoy, por tanto, fundamentales las diferencias tácticas entre los socialistas y los comunistas? A mi juicio, no. La unificación es, pues, posible. No digo probable, sino posible. Acaso todo el problema se reduzca al método de organización y la afiliación internacional. ¿Democracia interna? ¿Autonomía nacional de las Secciones? No son cosas insalvables, aunque sí difíciles. El deber de socialistas y comunistas es acercarse y eliminar obstáculos, no lanzarse a ver quién devora a quién. En esa carrera eliminatória podrían ser devorados los dos. De ellos abundan casos en la Historia.

Unidad sindical.—Dado que para militar en un Sindicato no hace falta profesar una fe religiosa ni un principio filosófico ni político, sino meramente anticapitalista, la división sindical parecía absurda. Lo parece, pero no lo es. El Sindicato necesita un núcleo animador, como un motor de sus actividades. Las dos grandes corrientes proletarias —socialista y ácrata— han adoptado dos formas de acción sindical. Las diferencias entre una y otra se han borrado mucho en beneficio de la concepción socialista: las formas de organización, la aceptación de la burocracia sindical, la condena de la demagogia, etc. Internacionalmente, no hay gran problema. La A. I. T. no tiene hoy más Sección nacional importante que la C. N. T. española. Se vive en un momento de desarme de odios y en una cierta colaboración con la U. G. T. Quien desprecie el valor de esta situación es que no ha vivido el movimiento obrero español, cuyas guerras internas ponían espanto. ¿Sería posible una sola sindical en España? Sí, sería posible. A base de prohibir los Grupos sindicales de ideología, como en Francia, o a base de que esos grupos se respeten y no se persigan. No se olvide que el problema no es el mismo que en el seno de un partido. El Partido ha reunido a todos los que coinciden con un ideal y en un método de servirlo. El Sindicato ha reunido a todos los que coinciden en un interés, con diversa ideología, dentro de una profesión o industria. Los profesionales están agrupados entre sí no porque coincidan con Lenin, con Proudhon o con Marx. Sin embargo, dado que el sindicalismo quiere asumir funciones totales —se quiere bastar para todo— según sus definidores, habrá que prever la contingencia de una acción política **laborista** o una neutralización política del movimiento obrero.

Unidad democrática.—Las fuerzas fascistas o fascistoides del mundo tienen una cohesión. No así las fuerzas democráticas. Hay un pacto anticomunista que en el fondo es un pacto antidemocrático. Un frente antifascista internacional serio se impone. Eje de su organización debían ser Londres o París.

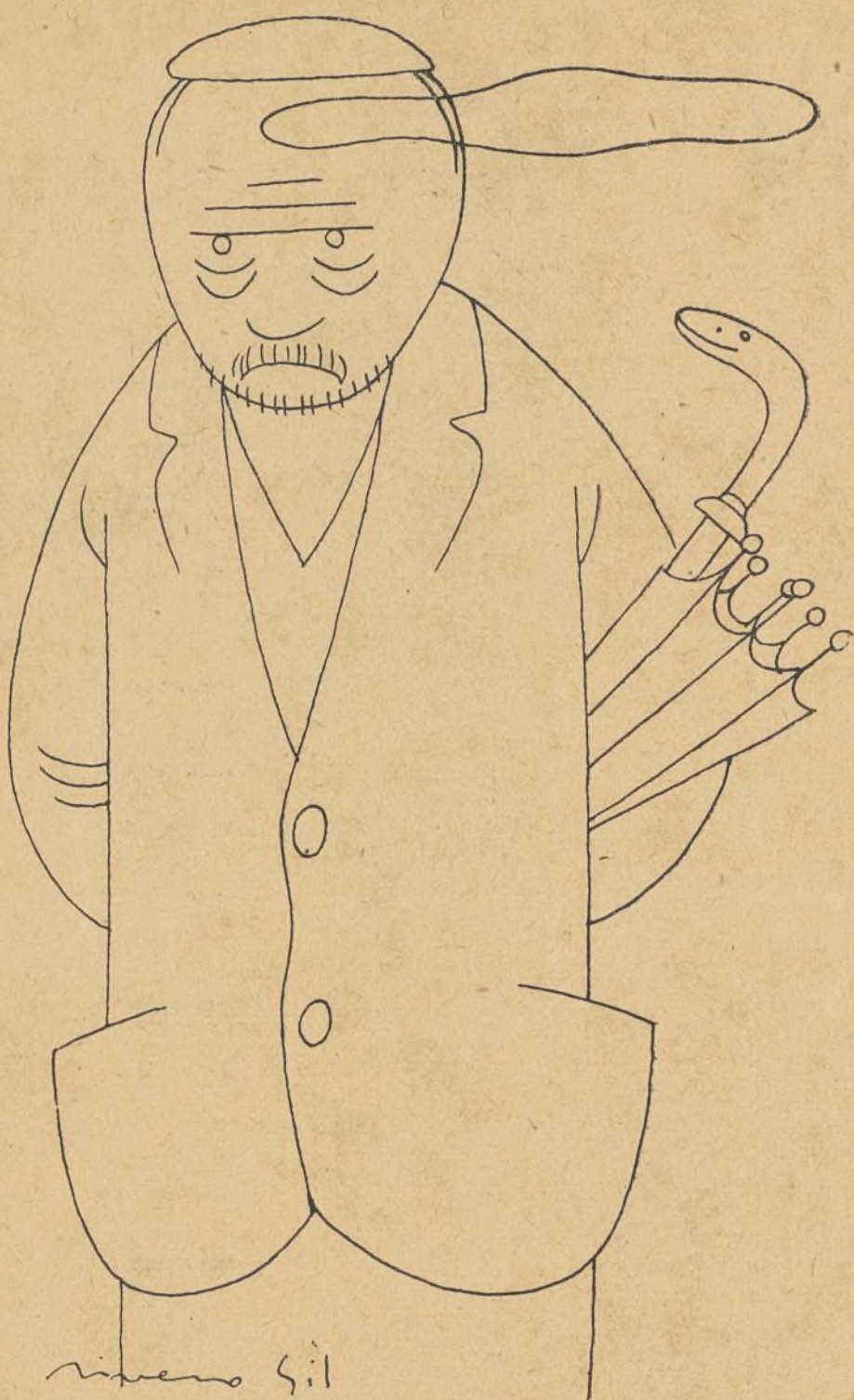
★

Tenemos que vivir bajo el signo de la unidad. El tema no es inactual. Es eterno.

Excesivo decir: «Si los jefes se oponen a la unidad, rebasadlos». Excesivo también: «Traidor quien no acepte la unidad». Hay que acabar con el terrorismo literario. Nadie es opuesto a la unidad sino en razón de reservas respetables.

Pero una política de unidad, como el caldo de gallina, nunca perjudica. Ni hay que plegar banderas ni licenciar la centinela de nuestra fortaleza. Si esa política corta o disminuye el lenguaje de agravios, ya ha ganado una batalla. Si permite la convivencia temporal, facilitará el conocerse.

¡U. H. P. I. Llamó a los abanderados de la unidad por si dormitan!



En este tremendo proceso de la guerra de España, que ha devorado, con ruido y sin él, tantas estimaciones de nuestra ya lejana juventud, no se ha perdido, como parecía probable, la capacidad de reacción moral. Así, diferentes personas coinciden en notificarnos su irritación por la conducta de Baroja. La suponen, por lo que han contado los periódicos, escribiendo un libro, áspero e irritado contra la República. «En fin —me dicen—; un cochino más entre tantos». Desconozco si Baroja, como se ha dicho, está entregado a semejante tarea; pero me decido, sin riesgo mayor de equivocarme, a negarlo. Quien se precie de conocer a Baroja supondrá, con poco esfuerzo, el libro que le agradaría poder escribir por lo pronto: La novela dramática del fuerte de San Cristóbal. Para no quedar con fama de adivino, predicamento que comporta desventajas cuando todos nos esforzamos por penetrar en el secreto de lo por venir, declaro que ese deseo de Baroja nos es conocido a través de un amigo común. Quien en relación con la evasión del fuerte de San Cristóbal pueda facilitar datos verídicos de novelista, ganará su reconocimiento. El episodio, tan lleno de sugerencias es, desde el comienzo hasta el final, estrictamente barojiano. Los supervivientes de la difícil y audaz aventura se cuentan con los dedos de la mano. Y se cuentan por una circunstancia también barojiana. Cuidando las precauciones no veo inconveniente en hacer referencia. Tres, cuatro, dos —un número pequeño— de los evadidos, consiguieron en fuerza de esconderse de día y caminar de noche por la montaña navarra, escapar a la dura persecución. El hambre, el cansancio y la sed acabaron por matarles el anhelo de libertad con que iniciaron la aventura. Después de un pequeño concilio, resolvieron entregarse. A pleno día abordaron un caserío. El casero le vio llegar curioso, sin manifestar el menor asombro por la inusitada aparición de aquellos hombres derrotados. «Un poco de agua,

LA PEQUEÑA AVENTURA DE

POR FERMIN MENDIETA

por favor», pidieron. Aplacada la sed, preguntaron: «¿Dónde está el puesto de la guardia civil?» El casero continuó mirando a los aparecidos en silencio. Los evadidos insistieron en su pregunta. El aldeano interrogó a su vez: «¿Sois vosotros de esos de San Cristóbal?» —«Sí, y queremos entregarnos». Nuevo silencio del casero. ¿Pensaba lo que tenía que decir? Se volvió hacia el monte, levantó un brazo, indicando un punto a diez metros, y muy despacio y muy claro, dijo: «Eso es Francia». Dió la espalda a los hombres y se fué hacia el caserío. Desde una ventana vió cómo los fugitivos, recobrado el ánimo que habían perdido, se ponían a salvo. El libro de esa aventura es el que agradaría escribir a Baroja, ocupando con esta tarea sus horas tristes de París. Mientras acopia material para hacerlo. ¿Se me autoriza a contar la propia aventura de Baroja, que entró y salió en los dominios provisionales de Franco? A Baroja le llamaba, con la urgencia y el apremio que en los hombres de edad y sensibilidad tienen las nostalgias, su casa de Vera. No la conozco. De ciertas referencias sé que está bien abastecida de libros, adquiridos trabajosamente en Madrid y en Londres, en París y en Berlín, en Roma y en Ginebra, en esas pequeñas librerías de viejo donde el experto descubre ejemplares de interés, ediciones primeras de libros nobles y olvidados, de literatura y de iáutica de historia y de medicina; abastecida igualmente de buenos grabados de ciudades, personas y escenas de siglo XX. Le llamaba la huerta, la chimenea, el río, el monte. Baroja se mantenía indeciso. Barruntaba una mala acogida. Temía mucho de la dureza brutal de los carlistas montaraces de Navarra. Vacilaba. En estas dudas, dos personas se encargaron de soplarle al oído seguridades y zienandanzas. Dábanle a entender que necesitaria defenderse de los homenajes y poner un fielato para las solicitudes cordiales. Ni duda de la feliz acogida. ¿Habrá quien se entienda con Baroja si le descubrimos su egoísmo? A su vez, con su producción literaria, el egoísmo de un biólogo. Inocente y egoísta, creyó la canción de don Pío. Juzgado de pueblo. El juez reconoció a Baroja y no pudo reprimir su sorpresa: «¿Usted aquí, don Pío? No creo que lo vaya a pasar muy bien con estas gentes; pero, en fin, eso es cosa suya». Dieron comienzo las declaraciones y al llegar a la de Baroja,

PÍO BAROJA

de Baroja en la Academia Española. Baroja, en aquella ocasión, se limita a evocar cómo se va formando y cómo, por resultado fatal de su formación, su obra de escritor no puede ser distinta a lo que ha sido. Nada de más sencillo ni nada tampoco tan lleno de ternura. La autobiografía concordaba de un modo pleno con lo que uno había ido intuyendo, con respecto a la vida del autor, en sus libros. Pero he aquí que Baroja acabó su lectura, dejando flotar en el ambiente un sentimiento de melancolía —¿epílogo triste?, ¿epílogo feliz?—, y se levanta en su escaño Marañón, encargado de recibir al novelista. Una apología verbosa, útil para éste y aquél, pero perfectamente incongruente para Baroja. Como en los dibujos infantiles que se inquiera el paradero de la pastora, así nosotros —tres escritores vascos— nos interrogábamos ¿dónde está Baroja en el discurso de Marañón? Inútil buscarlo porque no estaba. No es sorprendente, pues, que con esa ignorancia del escritor, Marañón empujase a Baroja hacia Vera. A vueltas el novelista con sus maletas, la cazurreña gallega de otro amigo quiso interponerse: —«¿Por qué no le acompañan sus amigos? Ninguno de ellos tiene, para los carlistas, un pasado tan reprochable como el suyo». Pero el impulso, la velocidad adquirida, no admitía freno. Y Baroja llegó a Vera, se instaló en su casa y esperó, con algún sobresalto, los acontecimientos.

Para un hombre vanidoso, el comienzo le hubiera resultado grato. La nueva Academia le llamaba a Salamanca, para revalidarle su jerarquía previo juramento. Le recibió Eugenio d'Ors, a título de director. D'Ors que no podrá hacer nunca sino cosas cómicas, recibió a Baroja con estudiada solemnidad imperial. Le pidió juramento a la nueva España, delante de un crucifijo que tenía, a la derecha los Evangelios, y a la izquierda, el Quijote. Baroja juró, conforme a la fórmula que le fué dada, oyó la palabra engolada del director que le replicaba: —«que Dios se lo premie y si no se lo demande», invocación a la que parece siguió un momento de embarazo, del que Baroja se decidió salir, sin saber bien cómo, con una despedida prosaica y antiheroica: —«Usted lo pase bien». Vió la ciudad, de la que ha hecho una descripción rápida, concisa y exacta, y se puso en camino para Vera, carretera adelante. El conductor atropelló a un aldeano, que quedó exánime en la carretera, y el novelista hubo de hacer una comparecencia en un juzgado de pueblo. El juez reconoció a Baroja y no pudo reprimir su sorpresa: «¿Usted aquí, don Pío? No creo que lo vaya a pasar muy bien con estas gentes; pero, en fin, eso es cosa suya». Dieron comienzo las declaraciones y al llegar a la de Baroja,

el juez le preguntó: —«¿Promete o jura?» Don Pío, un poco alarmado por la pregunta, dió una respuesta rápida: —«Yo, lo que sea costumbre». Juró, naturalmente. Y regresó a Vera, donde las solicitudes que se le hacían no eran nada tranquilizadoras. Era Baroja, y carlistas y guardias civiles se la tenían guardada. Necesitó encerrarse en su casa. No podía pensar en escribir. ¿De qué? ¿Para dónde? Sus amigos, los que en más de una ocasión habían levantado su copa con él, los chapelaundis de Irún, los liberales del Bidasoa, su río predilecto, habían caído en la defensa de la villa o se habían inmolado en los combates de Elgueta, en los de Ochandino, en los de Bermeo, ¿para quién escribir? Se dedicó a leer sus propios libros. Quería medir el grado de hostilidad que su pasado podía suscitar. Se asustó. No recordaba ya haber escrito tantas violencias. Sí, Baroja se intimidó. Comprendía las miradas de través y los murmullos de hostilidad que dejaba a la espalda. Se creyó inseguro y comenzó a pensar, con nostalgia, en la seguridad de París. ¿Le sería posible ganar la frontera? En estos pensamientos, una noticia sobresaltó su instinto de conservación en una sacudida seca: Martínez Anido se disponía a hacer una visita a Vera del Bidasoa. ¿No os explicáis bien el sobresalto de don Pío? El retrato que Baroja hizo de Martínez Anido es famoso. ¿A qué podía ir Martínez a Vera como no fuese a recordar, gozándose en ello, una obra maestra de crueldad y a completarla vengándose de quien lo había novelado señalando el sadismo de su autor? Dejemos un claro en la aventura. He aquí a Baroja de nuevo en París, buscando dónde comprar, a precio razonable, un poco de ropa con la que substituir la que no puede seguir siendo usada. Quienes le piden declaraciones le encuentran hermético. Sólo sus amigos le han oído decir cosas como éstas: «El hombre más liberal de cuantos rodean a Franco es Martínez Anido». «Los liberales siempre perdonan». Y refregando con los detalles de su aventura a quienes le embarcaron en ella, ha dicho: «Repitan mi experiencia si gustan. Allá no hay plaza, ni papel para nosotros. España, suponiendo que eso acabase siendo de España, ha terminado para nosotros.»

¿Qué libro es ese que Baroja está escribiendo? El libro que Baroja escriba no es presumible que lo puedan leer con calma en Salamanca. Y hemos sido nosotros, un poco a la ligera, los que nos hemos adelantado a ofenderle. Sospecho la acogida que Baroja habrá reservado a esas invectivas injustas, demasiado apasionadas para cubrir bien un fondo manifiesto de estimación. Yo sé que él, como los fugitivos de San Cristóbal, buscaba por todos los medios llegar a Francia. Cómo llegó es lo que me callo.



Segundo año

de Patria

MATILDE

DE LA TORRE

A vosotros, capitanes del ejército sublevado contra su patria. A vosotros, los que aún ostentáis apellidos españoles y estáis inscritos en algún registro municipal o parroquial de España y tenéis a vuestros padres durmiendo bajo la tierra sagrada; a los niños acostados en su cuna... A vosotros, los que en el día de hoy respiráis angustiosamente el aire de una Patria aún no dominada, aunque ya invadida... A vosotros quisiera yo, en este amanecer terrible, dirigiros unas palabras fraternales y que las oyeseis y las rumia-seis en el fondo de vuestros corazones.

Hoy, capitanes del ejército rebelde, hoy es el segundo aniversario de vuestra acción odiosa. Hoy hace dos años que vosotros, mal aconsejados unos, cobardes los otros ante la coacción, traidores los menos, pero, al fin, traidores, os levantasteis en armas contra vuestra propia Patria.

En vano, en la literatura forastera que os veis obligados a usar, les llamáis «Años Triunfales» a los dos Zodiacos recorridos desde vuestra aventura sangrienta. En vano celebráis con falsas fiestas de sabor extranjero lo que en el fondo de vuestros corazones bautizáis ya con «otro nombre»...

Hoy, hermanos españoles de la «otra banda», hace veinticuatro horribles meses que desencadenasteis sobre vuestra España la catástrofe más gigantesca que registra su Historia, desde el Guadalete hasta nuestros días.

Hoy, capitanes del mal ejército de España, hace dos horribles años que lloran las madres desesperadas; que lloran los huérfanos; que llevan luto las novias y las esposas españolas...

¡En vuestro campo como en el nuestro, capitanes rebeldes! Toda España es hoy llanto y luto, y terror, y miseria. Corren a raudales el oro y la sangre que se escapan por las arterias rotas de la nación hecha trizas. La tierra está hinchada de sepulturas. Las ciudades son ruinas y los campos ofrecen la triste cosecha del hambre.

A eso vosotros le llamáis «liberación de España», reconstrucción de España...

Nosotros, más sencillos por más patriotas, le llamamos «la perdición de España». ¡Como, en el secreto de vuestra conciencia, se lo llamáis también vosotros! Ninguno de los hombres que sobre su tierra madre mantiene el honor claro de su nombre, puede llamarle «salvación» a la perdición; ni libertad a la servidumbre. Entre vosotros, hermanos enemigos, los hay acaso malvados y ambiciosos; ¡pero tontos del todo, no! A ningún español pueden engañarle las palabras cuando él conoce los hechos. A ningún militar español pueden torcersele de tal modo los caminos del raciocinio que llame gloria a la vergüenza ni felicidad a la desgracia.

Y vosotros lleváis dos años de amarga experiencia y consideráis la realidad tremenda con más desconsuelo todavía que nosotros mismos. Porque vivís las horas de la humillación saboreándolas minuto a minuto. Porque sentís el peso muerto de esas «victorias» del extranjero arrancadas, con medios extranjeros, sobre el heroísmo de vuestros hermanos. Por eso: porque los vencidos hasta hoy, pero nunca los derrotados definitivamente, son vuestros hermanos españoles; los que defendieron la integridad de un régimen liberal; los que luchan hasta morir por una legalidad democrática; los que hoy combaten contra tres naciones extranjeras para defender la independencia de vuestro propio suelo.

¡Vosotros, capitanes del ejército rebelde, no podéis ser jamás engañados! Si en principio lo fuisteis, hoy vuestra ilusión se disipó. Escucháis voces de triunfo pronunciadas en tres lenguas extrañas. Os sentís humillados por la superioridad técnica de extranjeros que traen en las botas la sangre generosa de vuestros propios hermanos. Asistís a reuniones y consejos militares y vosotros sabéis qué papel representáis en ellos. Sobre esas mesas, como cuerpo yacente pronto a ser despedazado, está el mapa de la Madre España. Dedos extraños van señalando con lápices y banderitas la ruta del Calvario de vuestra Patria sacrosanta. La codicia los guía. El desprecio hacia vosotros los inspira. Lápices y banderitas marcan ruinas y hecatombes. Cuando las dibujan, ellos sonríen triunfalmente, porque, para ellos, sí, éstos son Años Triunfales. ¡Triunfan sobre vosotros y sobre vuestra tierra! La despedazan llenos de alegría porque saben que con ello os arruinan. Cuando vuelven de un bombardeo de esos que vosotros llamáis «sobre objetivo militar», y que ya sabéis cómo se verifica, ellos sonríen irónicos, burlándose de vuestra miseria moral, como el amante sonríe del marido confiado que le tiene por amigo... No os parezca dura la comparación. Vosotros, hermanos militares de «la otra banda», representáis a los ojos de esos extranjeros el perfecto papel de cornudo. Cornudo al que, delante de sus ojos, le roban la mujer, y le violan a la hermana, y le destripan a los hijos. Cornudo trágico que bajo pena de la vida tiene que reirse de su propia vergüenza y aplaudir a los verdugos de su casta...

Porque no os valen indignaciones teatrales ni prosa altisonante, señores capitanes del mal ejército de España. ¡Las mujeres que atropellan esos moros, y esos teutones, y esos italianos, y esos portugueses, son de vuestra sangre; de VUESTRA PROPIA SANGRE. Miles de generaciones consagraron esa fraternidad patria. Hablan vuestro idioma y sienten con vuestras pasiones. A mujeres españolas hablasteis de amor; con ellas fundasteis vuestro hogar y de ellas es vuestra progenie... ¿Con qué ojos queréis que os miren los que así se enseñan en vuestra familia? Decidme, capitanes desertores del viejo deber militar: ¿os imagináis a esos militares extranjeros «tolerando» siquiera la idea de que vosotros, militares españoles, fuerais a bombardear a sus compatriotas en una guerra civil entre ellos?

Bien sabéis que no. Bien sabéis que, si de ello os permitierais siquiera hablar, ellos os escupirían a la cara. Como os escupen mentalmente cada día que os tienen a su servicio en vuestra propia casa. Como escupen al rostro de vuestro padre cada vez que os dan órdenes como a pobres lacayos y como escupen a vuestra madre cada vez que ellos se sientan a vuestra mesa y se hacen servir por vuestras hermanas y vuestras hijas.

★

Siquiera nosotros, los «rojos»... nos defendemos. Siquiera sabemos morir cara al enemigo, con el fusil en la mano. Siquiera en nuestro campo hacemos de cada ciudad una Numancia, y sólo entre ruinas y llamas la pueden hollar los extranjeros. Siquiera nosotros

lloramos varonilmente nuestras desgracias, pero no aplaudimos nuestras vergüenzas. Nosotros, vuestros hermanos, los «rojos» españoles, mantenemos el orgullo de la raza de Tíbal, que a vosotros os falta. Nosotros no les limpiamos las botas a los extranjeros, sino que los enterramos calzados en sus propios pies. Nosotros hemos vengado miles de las ofensas que a vosotros os han hecho; hemos reparado el honor de vuestras mujeres y el apellido de vuestros padres. Les hemos demostrado que, gracias a Dios, todavía hay españoles en España que no dejan atropellar a España. Y en esa misma lengua sonora, en la que ellos escuchan displicentes vuestras inmundas adulaciones, nosotros les hemos llamado lo que son: ladrones y cobardes; asesinos de mujeres y de niños; bravos pilotos que agreden a cinco kilómetros de altura. Se lo hemos llamado con el heroísmo que mitiga vuestra indignidad; con la altivez que compensa vuestra bajeza. Nosotros, para hacer olvidar que vosotros habéis alquilado manos que abofeteen a España, les hemos abofeteado a ellos: a los bandidos germanos; a los ridículos italianos y a los paragueros portugueses. A toda esa taifa que vosotros sentáis a vuestra mesa y acostáis en vuestro lecho.

★

Hoy hace dos años, capitanes del extraviado ejército de la rebelión. ¡Hoy empieza el Tercer Año Triunfal de los Extranjeros...! Decidme, en el español puro de Cervantes: ¿cómo sonar en vuestros oídos las salvas artilleras que celebraban la destrucción de vuestras ciudades y la matanza de vuestros compatriotas?, ¿qué secreto hervor de ira surgió en vuestras entrañas al escuchar los discursos traidores con que lenguas traidoras alababan a los verdugos de vuestra Patria?

¡Ay, hermanos de «la otra banda»...! ¡Yo sé bien que, a duras penas, habéis contenido el movimiento de santa indignación que os llevaba a la venganza! Yo sé bien que miles de entre vosotros recordasteis, con el cerebro lleno de brasas y el corazón lleno de lágrimas, la Epopeya Santa de aquella Guerra de la Independencia con que nuestra España (la nuestra y la vuestra) inauguró el siglo XIX, al que llamaron «Siglo de la Luz». Aquella Luz de Libertad que alumbró los días de nuestros abuelos, los que se dejaron aplastar en Zaragoza y en Gerona antes que tolerar la humillación de la raza. Los que, heroicamente, estoicamente, con el estoicismo formidable que hoy vosotros admiráis en nosotros, soportaban derrota tras derrota y perdían ciudades tras ciudades y vieron un rey extranjero en Madrid... Pero que, igual que nosotros, los «rojos», que somos hermanos vuestros... ¡no se rendían jamás!, ¡no se acabardaban jamás! ¡Se dejaban matar, pero no se humillaban! ¡Perdían el terreno, pero no perdían el honor...!

Y, por fin, cuando la superioridad de los ejércitos de Napoleón pareció barrer del mapa toda posibilidad de victoria, y aquellos abuelos nuestros se vieron reducidos a la sola ciudad de Cádiz, allí mismo, bajo las bombas francesas, tenían el suficiente «humor» para reunirse en una iglesia, convertida en Parlamento, y redactaban la Constitución Española, código de libertades cívicas, que había de amparar nuestros cunados.

Y así nosotros. Si vosotros, sordos a las voces del honor patrio y de la sangre de la raza, persistís en vuestro crimen y las hordas extranjeras os fuesen arrancando a vosotros igual que a nosotros los jirones de terruño histórico, siempre habrá un rincón donde mantengamos el principio de nuestra independencia; siempre habrá unas ruinas entre las cuales cobijemos el código de nuestras leyes. Y dondequiera que esté este rincón, allí, aunque sea con los montones de nuestros huesos, pondremos los cimientos a la España de Pelayo y del Empecinado.

Nosotros sabemos que luchamos por todos vosotros también, y salvaremos vuestro abolengo con el nuestro. Porque nosotros sabemos que vosotros lloráis en secreto tras cada sucia «victoria» del invasor asesino. Sabemos que se os hincha el corazón de orgullo cuando les cobramos caro el triunfo. Sabemos que todos vosotros os ciscáis en Mussolini y Hitler y en sus respectivos padres y madres.

Y por ello, hoy, en el segundo aniversario de vuestro crimen, aún os mandamos un saludo fraternal de compasión y de esperanza. Podéis estar tranquilos, que nosotros... ¡no nos rendiremos!, ¡no nos acabardaremos! Podréis conquistar ruinas y cementerios; podréis acorralar poblaciones civiles llenas de terror. Podréis reducir a pavesas vuestros hogares. Sembraréis el hambre en las mieses y les daréis a comer a los hijos el pan del odio... Lo que queráis, hermanos de «la otra banda». ¡Pero no conseguiréis nunca que nosotros toleremos en casa a los alemanes bestiales, a los italianos maricas ni a los paragueros portugueses!

¡La Historia no se avergonzará nunca de nosotros! ¡Jamás podrá llamarnos traidores!

MATILDE DE LA TORRE

En la subversión de valores provocada por el campeonato del titirambo que disputaban los críticos —con alguna honrosa y confirmadora ausencia— en cuanto se trataba en España de comentar la producción de cualquier cretino influente, no podía ser más enmarañado el camino que se ofrecía a los valores auténticos. Y si además de serlo, se habían consagrado al socialismo, los caminos se hacían intransitables. Porque —como consecuencia de una sobriedad y de una modestia excesivas— el Partido no facilitaba con sus elogios lo que dificultaban los otros con su silencio, cuando no con su hostilidad.

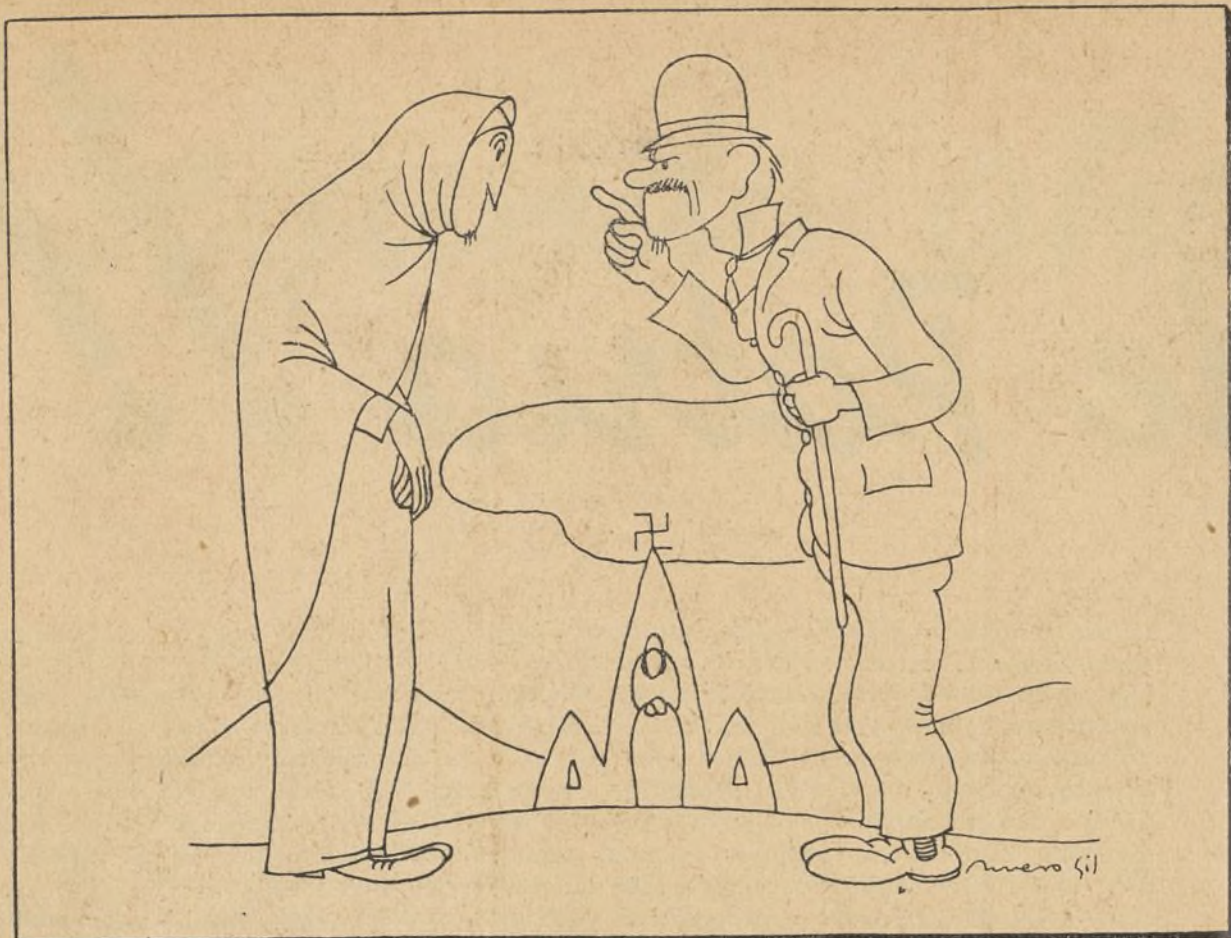
Pero la guerra ha terminado con esa vergonzosa selección a la inversa. Dígalo el caso de Matilde de la Torre, a la que se reconoce hoy, unánimemente, una jerarquía literaria y humana que muy pocos escritores —por no decir ninguno—, alcanzan.

Con un léxico tan rico como sencillo; con una prosa fluida, elegante, inflamada con un hondo sentido patriótico y, sobre todo, humanizada por una sensibilidad y una ternura profundamente femeninas, la producción de Matilde de la Torre ha entrado ya en la historia de nuestra guerra. Refleja las ansias del combatiente y el espíritu incomparable de la mujer española.

Ofrecemos aquí «poned el título», artículo publicado en «El Socialista» al cumplirse el segundo año de lucha, y reproducido más tarde por la Subsecretaría de Propaganda para lanzarlo sobre la retaguardia facciosa. No queremos calificar el trabajo; hazlo tú, compañero.

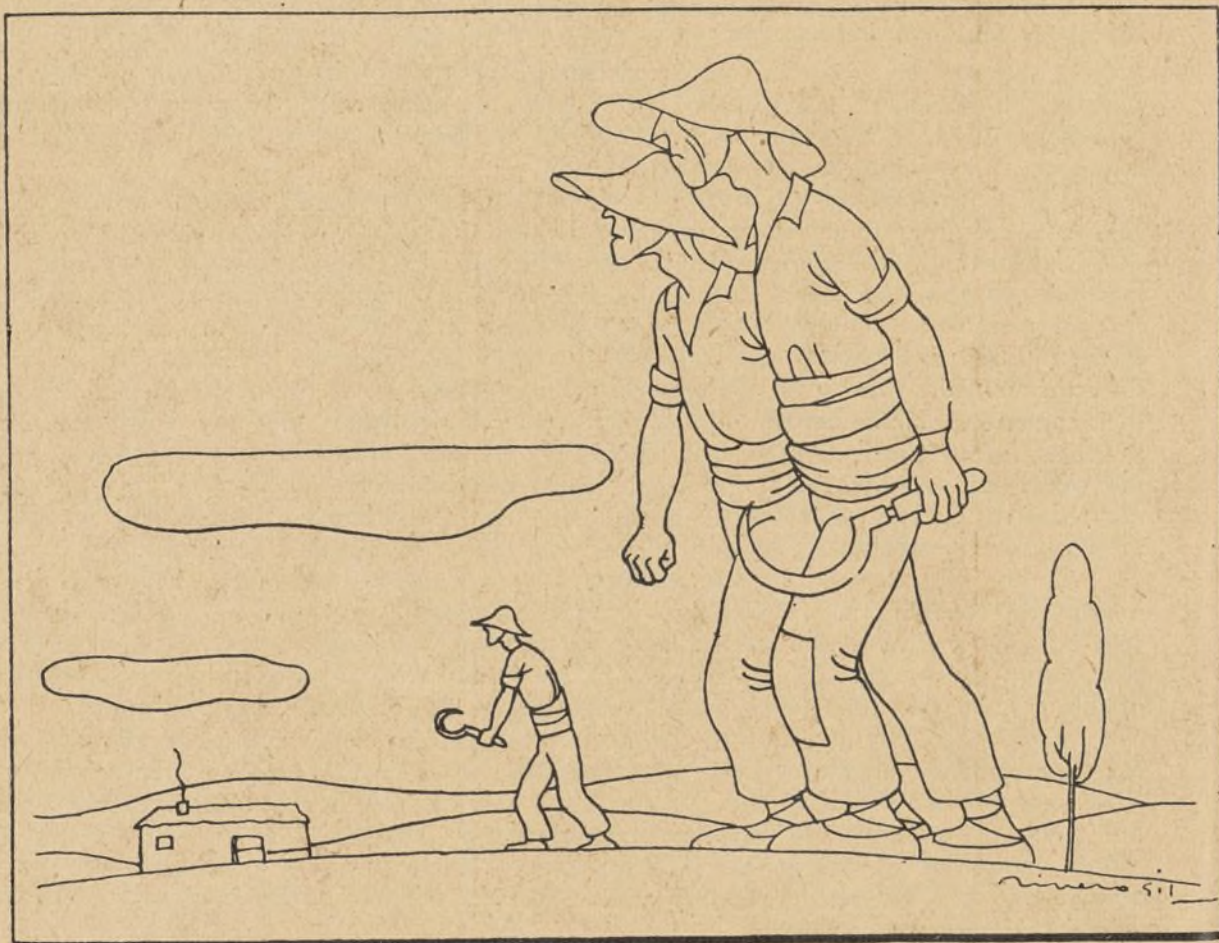
rivero sil

EL PAPA CONTRA EL DUCE.



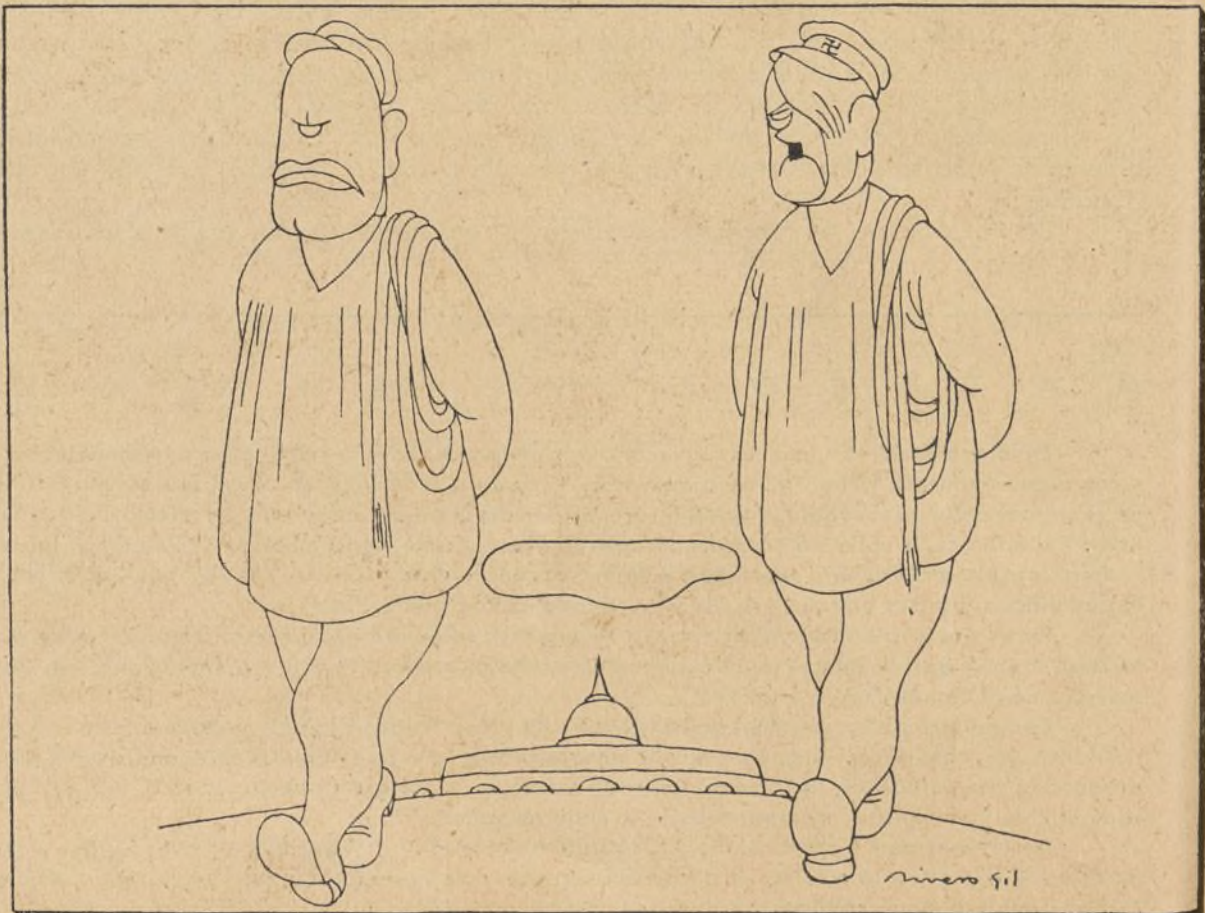
— Es que el duce es más papista que el Papa.

EL DUCE, SEGADOR.



— No podíamos llegar a menos.

LONDRES — PARÍS.



— ¡Nada! ¡Y aspirábamos a cargarnos el mundo!



PENSADOR Y HOMBRE DE ACCIÓN

O T T O B A U E R

Otto Bauer ha muerto bruscamente en París, víctima de una crisis cardíaca. Con él ha desaparecido una de las figuras más eminentes de la Internacional obrera y socialista, uno de los representantes más auténticos de la tradición gloriosa que, arrancando en cierto modo del «Manifiesto comunista», ha llegado a nuestros días y que a despecho de guerras, crisis y contrarrevoluciones «totalitarias», marcha infaliblemente hacia la victoria final.

Otto Bauer nació en Reichenberg, villa alemana de Austria que forma parte, desde 1919, de Checoslovaquia. Hizo brillantes estudios en el liceo de su pueblo natal y luego conquistó rápidamente en la Universidad de Viena el diploma de Doctor en Derecho.

Sin embargo, le interesaba menos el Derecho que la economía política y las ciencias sociales. A los veinte años era ya socialista y se iniciaba con pasión en el marxismo, estudiándolo a la vez en las obras de Marx y en la vida del proletariado. A los veinticuatro años, una obra en la que se esforzaba por aclarar las cuestiones nacionales desde un punto de vista marxista, atrajo sobre él la atención de Víctor Adler. El jefe del Socialismo austriaco adivinó un futuro maestro en el estudiante que afirmaba con tanta fuerza, ante la social democracia, la realidad histórica de las variedades nacionales y su derecho a la vida.

En 1907 fué elegido por primera vez el Reichsrat austriaco por sufragio universal. Muy joven para ser diputado, Otto Bauer fué nombrado secretario de la fracción socialista del nuevo Reichsrat y se convirtió así en colaborador del viejo Adler, que le llevó al «Arbeiter Zeitung», diario del Partido, y a «Kampf», su revista doctrinal.

Su nombre empezó a traspasar las fronteras de Austria y en 1914 era uno de los ponentes designados para el Congreso internacional que iba a iniciarse en Viena cuando la guerra estalló.

Movilizado como teniente en el ejército austro-húngaro, fué hecho prisionero al año siguiente e internado en Siberia, más allá del lago Baical. Aunque el clima perjudicaba rudamente a su salud, empleaba las horas de descanso en redactar un periódico para los prisioneros de guerra y en escribir un libro de filosofía socialista: «Imagen mundial del marxismo».

La revolución rusa estalló en marzo de 1917. Huysmans y Vandervelde, que no habían olvidado al joven campeón del austro-marxismo, procuraron dulcificar su suerte. El soviét de Petrogrado fué más lejos: obtuvo de Kerensky su libertad. A la llegada a Petrogrado, Bauer fué huésped del soviét y dos ministros en ejercicio, Shovelev y Tseretelli, acudieron a saludarle.

De regreso en Viena, a principios de 1918, Bauer secundó a Federico Austerlitz en la dirección del «Arbeiter Zeitung». La orientación del periódico se modificó pronto, pasando de la crítica tímida, muy «unión sagrada», a la oposición ardiente, abierta, implacable.

Inquieto por el cambio, el Gobierno austriaco adoptó una medida punitiva: Bauer, movilizado nuevamente, fué enviado al frente italiano. En él estaba cuando, en noviembre de 1918 se hundieron los imperios centrales.

Nombrado subsecretario, después secretario de Estado para Asuntos Extranjeros, al mismo tiempo que Presidente de la Comisión de Socialismo (entonces escribió su «Marcha al socialismo») Otto Bauer abandonó el primero de estos cargos en el momento del tratado de San Germán, pero conservó el segundo y consiguió hacer votar la ley de expropiación, así como la ley creando un consejo de obreros en toda empresa que ocupara más de veinte asalariados.

La vida de Bauer, repartida entre la teoría y la acción, se confunde desde entonces con la de la social democracia austriaca y con la de la Internacional. Tomó una parte preponderante en la reconstitución de ésta, en 1923.

Pero para el Socialismo austriaco, como para la misma Austria, llegaron los malos días. A partir de 1927 su historia es la de una retirada continua, en buen orden, cierto, pero retirada. Jefe de la izquierda, pero procurando no romper jamás la unidad orgánica del Partido, Bauer fué de los que preconizaron una política de energía frente a la contemporización y la abdicación. Veía crecer en el exterior y en el interior el peligro fascista. Organizó pacientemente a los militantes para la lucha armada. Al día siguiente del golpe de Estado de Dollfuss, inspirado exigido —hoy se sabe—, por Mussolini, Bauer comprendió que había sonado la hora de la lucha violenta. Llamó a las armas. Pero la victoria, después de tres días de combates heroicos, escapó a los «Schutzbunds». Los barrios obreros de Viena fueron objeto de un bombardeo frenético. Bauer, cuya cabeza había sido puesta a precio, franqueó la frontera checoslovaca. Instalado en Brunn, recogió los restos dispersos del Partido, publicó clandestinamente el «Arbeiter Zeitung» que, distribuido clandestinamente en Austria, mantuvo la llama.

El «Anschluss» debía hacer imposible este trabajo. Bauer tuvo que salir de Checoslovaquia y fué a instalarse en París.

Es imposible dar la lista de todas las obras de Bauer. He aquí algunos títulos.

«Bolchevismo y socialismo» (1920), «La revolución austriaca» (1922), «Racionalización fallida», primer volumen de una historia de capitalismo moderno, de cuyo segundo volumen se incautó la policía austriaca, confiscando los originales.

«Entre dos guerras mundiales», donde Bauer preconiza el Socialismo integral como plataforma para una conciliación de los antagonismos entre la teoría y la práctica socialista. Finalmente, la muerte le ha sorprendido trabajando en una nueva obra sobre los problemas que plantea el fascismo.

Víctor Adler unió su nombre al primer período de la historia del socialismo austriaco, el de la conquista de la clase obrera, de la propaganda y de las primeras victorias debidas al sufragio universal. El nombre de Otto Bauer quedará unido al segundo período, al de la postguerra, de las crisis económicas y políticas, de las retiradas sucesivas del Socialismo y de la democracia, que debían desembocar en el golpe de Estado de Dollfuss y en el «Anschluss» de Hitler.

El tercer período el de la «Nueva salida», ha comenzado. ¿Esperará mucho tiempo su Adler y su Bauer? Nuestra fe en los destinos mundiales del Socialismo nos otorga la seguridad de que no. — A. D.

NORTE
26

La política Astor tiene por meta la destrucción de los soviets. Política supercapitalista mira con simpatía a los totalitarios y centra sus odios en la U. R. S. S. Si no tuviera el odio contra otro grupo financiero y, sobre todo, al pueblo inglés en bloque, constituiría el «pacifismo».

Será triste tener que vigilar el gesto de los que nada han hecho para defender nuestro derecho, pero hay una tristeza mayor: la guerra. Y la guerra no andaremos lejos de haberla ganado cuando podamos demostrar que peleamos por una República democrática, respetuosa con la propiedad privada. Y demostrarlo, no con palabras, que eso ya lo hemos hecho muchas veces; con hechos, dando al mundo la sensación de que nadie aprovecha esa trágica coyuntura para fortificar posiciones de partido. Y menos que nadie, los que inspiran recelos antidemocráticos a las grandes democracias.



DE PARTIDO Y LA PROPAGANDA

L A P R O P A G A N D A

La época de la propaganda.

Nuestro tiempo conoce el más colosal esfuerzo de propaganda que probablemente se ha dado en la Historia. Los poderosos medios de difusión que el progreso técnico ha proporcionado, se han puesto al máximo rendimiento propagandista. La prensa, la radio, el cine, el arte, la ciencia misma, la palabra hablada y tantos otros medios abruma y confunden al hombre de la calle, que habituado ya a este espectáculo, se encuentra, no obstante, sometido a su influencia deformadora. Se prestaría un interesante servicio a la futura investigación histórica creando un gran museo de la propaganda, que conservara para las generaciones futuras el recuerdo documentado de tan enorme esfuerzo.

El racionalismo del Siglo XVIII.

Esta propaganda, de tal suerte hoy desmesurada, nace, sin embargo, de una de las épocas de más honradez intelectual; el racionalismo del Siglo XVIII, lleno de buena fe, de optimismo, de creencia incondicionada en el poder persuasivo de la razón. En el orden político, como en el orden ético, es la razón la legisladora de la convivencia humana y es tal su fuerza lógica que su expresión basta para convertir en prosélitos a los hombres de recta razón: he aquí cómo la propaganda política surge, plena de rectitud y de sinceridad, toda vez que quien se halla en posesión de verdades puede y debe hacerlas llegar a sus semejantes para su progreso y perfección.

De esta suerte, el último tercio del Siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX contemplan la propaganda de las doctrinas liberales y de las del Socialismo utópico que salen a la plaza pública confiadas en su propio valor persuasivo, en tanto, excéntrica a estas propagandas, pero derivada del mismo principio racionalista, surge esporádica y violenta la propaganda por el hecho.

De la propaganda política a la propaganda mercantil.

La libre concurrencia y el extraordinario desenvolvimiento de la economía individualista, reaccionan contra la propaganda del campo político y despojanla del sentido de honradez y de noble pasión que la caracterizaban, la convierten en ingenioso instrumento de acrecentar los rendimientos de empresa para captar al consumidor y elevar la capacidad de los mercados. Desaparece ya aquí el sentido de sinceridad y de lealtad a la verdad que era característica de la propaganda política.

A medida que el progreso técnico facilita más importantes medios de relación entre los hombres mayor es la fuerza de la propaganda mercantil. A medida que la libre concurrencia es más fuerte mayor es el sentido picaresco de esta propaganda. A medida que la era industrial avanza más y se conforma el hombre de la calle al tipo genérico que crea, mayor es la eficacia de la propaganda misma. Lo que era en un principio un modo de hacer llegar la verdad al conocimiento de los hombres, se convierte en el único móvil de que éstos se decidan a la adquisición de un producto o a la realización de una acción determinada. Aquella primera necesidad de los sujetos sometidos a la propaganda juzgar por sí mismos lo que hubiera de exacto en que las propagandas les decían, desaparece por aceptar sin crítica la propaganda misma. Un específico es recomendado por un desconocido que asegura remediar todos los males: ello basta para que se adquiera con la mayor fe curativa.

Influencia de la propaganda mercantil en la propaganda política.

Es resultado de la propaganda mercantil el acostumbrar al hombre del Siglo XX a olvidar el valor de su juicio. Impresiones exteriores, recursos estéticos, etc., lo van acostumbrando a castrar su conciencia, para aceptar como bueno lo que más lo seduce. Se consignan así adeptos más incondicionales

que por una propaganda honrada que suscite el sentido crítico del lector o del oyente. Naturalmente, el hombre captado por estos procedimientos que le constituyen en masa inerte, es más útil para cualquier organismo director de cualquier clase que sea, toda vez que puede dirigirlo y moldearlo a su gusto. No era, pues, extraño que, captada así la masa por la propaganda mercantil, pudiera interesar a la propaganda política una captación semejante.

La propaganda en la post-guerra europea.

Este fenómeno de adaptación de la propaganda política a la mercantil, puede apreciarse claro, nacido quizá por las necesidades de la Guerra europea en las naciones que intervinieron en ella, de modo muy particular y marcado en la post-guerra.

La lucha de doctrinas y de partidos se agudiza con caracteres de tanta violencia que fuerza a formar con la mayor solidez a los grupos combatientes y se estima que la libre discusión de una propaganda de tipo crítico debilita interiormente las fuerzas en lucha. Surge, pues, la técnica del más desahogado dogmatismo, de los más ingeniosos recursos. Pero la limitación ética se va borrando y en algunos casos desaparece.

Una excepción.

La circunstancia de celebrarse ahora el cincuentenario de la fundación del Partido Socialista Español, con ese examen de conducta pasada que estas conmemoraciones llevan consigo, permite observar cómo en nuestro país, no se ha dejado influir de la técnica de propaganda totalitaria el Partido Socialista. Ha sido su propaganda lenta y persuasiva de una notable ejemplaridad ética. «Las ideas» se hacen llegar a todos por la vía de la persuasión y de la educación. Se ha buscado vencer y no destruir y deformar. Y se hacía la propaganda no sólo por medios llenos de honrada sinceridad, sino con el ejemplo —de enorme valor de convicción—

de la conducta de los propagandistas. Nuestro pueblo a veces es convencido, más que por las ideas, por los hombres y una conducta seria es siempre de un enorme valor persuasivo.

La propaganda de los Estados totalitarios.

No deja de ser una paradoja curiosa que los Estados totalitarios basados internamente en la más desenfrenada violencia coactiva, hayan acudido a la propaganda en proporciones inimaginables, tanto, que en definitiva puede quizá decirse de ellos que son pura propaganda. Porque aunque desviada de su principio la propaganda nació para convencer, y no parece que dentro de su propio país un Estado totalitario necesite convencer a nadie. Claro es, que tal propaganda es, por su técnica, un instrumento más de presión.

Lo cierto es que la actividad propagandística de los Estados totalitarios, dentro y fuera de ellos, lo llena todo y sin límite moral ninguno; acude a todos los procedimientos. Fuerza es reconocer que no sin eficacia, pues actúa sobre sujetos que por razones de tipo económico y por una deformación que los últimos veinte años les ha hecho objeto, presentan especial capacidad para recibirla. Consecuencia es que el sentido de libre examen, de fe en la razón, que tantos siglos ha costado conquistar para la Humanidad, se encuentran de manera moral y material desconocidos.

Perspectivas.

Los abusos indudables a que una orientación semejante de la propaganda totalitaria de Estados y Partidos ha conducido, no llevan trazas de concluirse, pero no es posible creer que no ha de renacer jamás el sentido de libre examen característico de la dignidad humana. El ejemplo actual de nuestro país, en el que la austera propaganda de cincuenta años de Socialismo, tanto influye en su resistencia heroica, abre perspectivas más dignas y elevadas. Y este ejemplo, dure lo que dure la actual regresión totalitaria, ha de prevalecer en definitiva.

DE ESTADO • POR JOSÉ PRAT



LA REUNIÓN DE OSLO

Y LA UNIDAD

JOSÉ RODRIGUEZ VEGA, SECRETARIO GENERAL DE LA U. G. T.

Es objeto todavía, y lo será por mucho tiempo de apasionados comentarios, el acuerdo adoptado por el Consejo General de la Federación Sindical Internacional, celebrado en Oslo, en relación con la afiliación de los Sindicatos Soviéticos a la Internacional.

La negativa a aceptar las condiciones propuestas por los Sindicatos Soviéticos y, lo que es francamente lamentable, el acuerdo de rechazar la continuación de las conversaciones al objeto de llegar, sobre otra base, a la afiliación de los Sindicatos rusos, ha producido honda emoción en los medios proletarios de todo el mundo.

Al objeto de precisar la posición que, por mandato del Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores de España ha adoptado sobre esta cuestión la Delegación española en Oslo, van encaminadas estas líneas.

Ya en la reunión de Londres, celebrada en julio de 1936, fueron examinadas las posibilidades de unificación del movimiento proletario internacional, chocando dos tendencias con criterios contrapuestos: uno, estimaba que lo que procedía era evitar pura y simplemente a adherirse a la F. S. I. a las Centrales sindicales que estaban fuera de ésta; otra, representada entre otros países, por Noruega y España, consideraba el problema muy justamente en toda su extensión, en razón a la conveniencia de unificación de la clase obrera y estimaba, como en el caso de la Delegación

española, que debían establecerse relaciones con la Internacional Sindical Roja, al objeto de liquidar un período de escisión.

Las conversaciones mantenidas entre Schevenels, Jouhaux y Stolz, por un lado en representación de la Federación Sindical Internacional, y Chverník, Moskatov y Nicolaieva, por los Sindicatos Soviéticos, eran, por tanto, en cumplimiento del acuerdo de Londres, donde se aprobó la iniciación de negociaciones con las Centrales sindicales no adheridas todavía a la F. S. I. La Comisión de la F. S. I., compuesta por su Vicepresidente, Secretario General y Secretario Adjunto, **aceptó** las propuestas formuladas por los Sindicatos Soviéticos, que establecían la necesidad de la intensificación de la lucha contra el fascismo; la obligación de intervenir para conseguir la unificación del movimiento sindical en distintos países; la seguridad de que las cantidades de importe de las cuotas de las Secciones de la F. S. I., no servirían para realizar propaganda contra el Estado Soviético. Al mismo tiempo, se establecía una modificación en la composición del Buró de la F. S. I., el cual habría de tener tres Presidentes y tres Secretarios Generales, siendo ocupado un puesto de Secretario General por un camarada ruso, y actuando como Presidente, por turno con los otros dos, otro camarada en representación de los Sindicatos Soviéticos. De lo que se trataba en Oslo era, pues, de la ratificación de este acuerdo adoptado en principio.

En la discusión de Oslo se manifestaron dos puntos de vista: uno, que desgraciadamente por la unidad del proletariado ha triunfado, que esta ma no es posible aceptar la afiliación de los Sindicatos Soviéticos a la Internacional, por estimar que el movimiento Sindical ruso no es un movimiento

libre e independiente del Estado. Los enemigos de la afiliación de los Sindicatos Soviéticos, aprovechaban la circunstancia de no ajustarse las proposiciones aprobadas en Moscú a los Reglamentos de la F. S. I., para plantear la cuestión, desde el punto de vista puramente reglamentario.

De otro lado, la concepción que la Delegación española, que advirtió la diferencia entre el Estado Socialista y los Estados capitalistas, junto con la Delegación francesa, mejicana, noruega y, en cierto modo, la de Checoslovaquia sostuvo, consistía en considerar indispensable la unidad de la clase obrera para impedir el triunfo del fascismo. En este sentido, la incorporación de los Sindicatos Soviéticos ofrecía la coyuntura mejor que se ha podido presentar en ningún momento, desde la escisión en el seno del movimiento sindical acá, de reconstruir la unidad sindical internacional.

Al sostener esta tesis, seguíamos el camino emprendido en el Congreso de Londres de 1936, por la Delegación de la Unión General de Trabajadores de España —cuya voz llevó el compañero Caballero— (1) y la defendía más tarde, iniciada ya nuestra guerra, en la reunión celebrada en Londres por la Internacional, al objeto de examinar el problema español en Ginebra —antecedente de la que pudo ser histórica reunión de Annemasse, donde se encontraron representantes de la Internacional Comunista y de la Internacional Obrera Socialista—, así como en la celebrada en París en junio de 1937 conjuntamente por los Burós de las Internacionales Sindical y Socialista, donde la voz del compañero Pascual Gómez, representante de la U. G. T. en unión

del camarada Vidal Rosell y del firmante de este artículo, mantuvo también dicha tesis.

De nadie es ignorado que el núcleo fundamental que sirve de base a la Internacional Sindical Roja son los Sindicatos Soviéticos. Liquidada la escisión en Francia por la fusión de la C. G. T. y de la C. G. T. U., esta última adherida a la Internacional Sindical Roja; con una visible tendencia del movimiento sindical comunista de Checoslovaquia a su fusión con los Sindicatos pertenecientes a la Federación Sindical Internacional; produciéndose un movimiento unitario en los diversos sectores que, adscritos a la Internacional Sindical Roja, aceptaban su reincorporación a la F. S. I., la incorporación de los Sindicatos Soviéticos a ésta era, evidentemente, la liquidación de este período de escisión.

En España, y por algunos camaradas de los que en 1934 iban mucho más allá que nosotros a la hora actual, en cuanto se refiere a las relaciones con la Internacional Sindical Roja, se ha querido justificar la actitud de la mayoría del Consejo General de la F. S. I., estimando que la resolución aprobada allí tiene su justificación por ser una reacción natural contra los «métodos» comunistas. El argumento es inconsistente. Los «métodos» comunistas, no son peores hoy que lo podían ser en 1934, cuando en Londres la F. S. I. acordaba invitar, entre otras Centrales sindicales, a la Central soviética, y cuando este acuerdo les parecía insuficiente a algunos camaradas que estimaban, justamente, que había que dirigirse a la Internacional Sindical Roja para realizar la unidad sindical internacional.

Antes al contrario, el viraje producido en la política de la Internacional Comunista, ha hecho que se produzca un acercamiento mayor entre los

D E L P R O L E T A R I A D O

Partidos Comunistas y los Partidos Socialistas y democráticos, viraje que se ha producido teniendo en cuenta la situación dramática por que el mundo atraviesa desde hace varios años. El hecho de que, justamente ahora, se traten de justificar, con olvido de la posición anterior, los acuerdos del Consejo General de Oslo, sólo puede obedecer a una exacerbación de la pasión política.

Yo no he podido sustraerme, presenciando las deliberaciones en Oslo, al recuerdo del incidente que en 1927 se produjo, con motivo del examen por parte de la F. S. I., de una carta de los Sindicatos Soviéticos en relación con la unidad sindical internacional. Por entonces fué descubierto que uno de los compañeros que actuaba como Secretario de la Internacional en aquella época —hoy fallecido— se dirigía a otro leader del

movimiento obrero, haciendo el siguiente comentario: «He recibido carta de Tolski con proposiciones de unidad. Esta vez me parece que va de veras; ahora nosotros debemos pasar al ataque...» Y en Oslo pensarían los adversarios de la afiliación de los Sindicatos Soviéticos: «Esta vez va de veras...», pasando al ataque, no contra el fascismo, que sería más necesario, sino contra la unidad del proletariado. Esta, sin embargo, se hará. El espectáculo de nuestra España, donde derraman juntos su sangre por la libertad trabajadores de todas las tendencias, debe servir de ejemplo. En la unificación de sus esfuerzos en contrará el proletariado el arma más potente en su lucha contra el capitalismo y por el establecimiento de la sociedad socialista que todos anhelamos.

(1) «Camaradas: Tengo el mandato expreso de defender el mandato de unidad, porque antes de conocer la proposición noruega del Comité nacional de la Unión General de Trabajadores había tomado con resolución. Gran responsabilidad es la nuestra.

Seguramente en estos momentos el mundo proletario estará pendiente de este Congreso. Los trabajadores se preguntarán: ¿Qué se acordará en Londres? Sería lamentable, camaradas, que por pequeñeces, por apreciaciones subalternas, no se aprobara que cuestión tan fundamental para los intereses generales del proletariado mundial. Porque, al fin y al cabo, ¿qué dice la proposición de los camaradas noruegos? Nada. Que nuestra Internacional, que la F. S. L. se ponga en relaciones con la Internacional Sindical Roja. No se podrá concebir por ningún cerebro proletario que la proposición sea rechazada. Si así fuera, lo primero que tendríamos que examinar sería los motivos que impiden aceptarla. ¿Sería por cuestiones de táctica? ¿De doctrina? Nada de eso, porque en estos momentos, en los que todos debemos sentir el peso de una responsabilidad, costaría trabajo encontrar unas diferencias. No queda, pues, más que los agravios del pasado, lo que nuestra Historia registra como insultos, como agresiones. Pero, camaradas, ha llegado un momento histórico, que impone olvidar nuestras viejas querellas, problemas subalternos para reconocer los fundamentales. Y en este instante ninguno lo es tanto como el de la unidad del proletariado en todo el mundo. Soy de los que personalmente tengo motivos para sentirme dolorido. Pero por encima de toda pasión personal están los intereses de nuestro proletariado. No podemos ser sospechosos, hemos participado en la propia constitución de la Internacional. No venimos aquí a hacer proposiciones que nos perjudiquen los intereses de la F. S. L. Todo lo contrario: venimos a mantener una posición y una actitud que tiende a defender a la F. S. L., defendiendo sus problemas más fundamentales. Para ello ES PRECISO QUE TODOS SEPAN CERRAR LOS OJOS a los hechos que en el pasado han contribuido a separarnos para poder estar dispuestos a ir a la unidad sindical, que tan profundamente está sintiendo la clase trabajadora.

Algunos camaradas han hecho mención a los triunfos obtenidos por el proletariado en España y Francia; pero se ha olvidado de subrayar que estos triunfos se deben a la unidad. Sin ella no hubiésemos tenido jamás la victoria del 16 de febrero. Ni Francia la suya. Mas ante este problema no se puede valorar simplemente los que significa en sí la unidad orgánica, sino el ambiente, la pasión, la corriente psicológica que se crea en torno al problema de la unifica-

ción. No sería justo alabar los triunfos si después no se acepta la unidad. Además, si aquí se acordara no tener relaciones con la Internacional Roja, es decir, con los Sindicatos de influencia comunista, ¿quiere eso decir que en España y Francia hemos obrado mal? Indudablemente, si se acordara eso, implícitamente quedaban condenados los triunfos que antes alababais de Francia y España. Sería incomprensible aplaudir por un lado los triunfos y condenar por otro aquellas causas que determinaron esos triunfos. En la proposición de los camaradas noruegos, que es la nuestra, no se propone programa, no se concreta nada; simplemente se pretende que se abran inmediatamente las negociaciones para llegar a la unidad con la Sindical Roja. En estas negociaciones se hará lo que se pueda; se irá a donde sea preciso en defensa de los intereses generales del proletariado mundial, que en estos instantes discutimos. Y si en algunos países no hubo inconveniente en unir a las fuerzas del proletariado a las de la pequeña burguesía, la que, al fin y al cabo, representa unos intereses antagónicos a los nuestros, que no se diga que no se puede hacer con una Internacional obrera. En una lógica proletaria cabe afirmar que los primeros que tenemos que unirnos somos los propios trabajadores.

Venimos a decirlos que si España no ha logrado expulsar del Poder al fascismo, si ha logrado vencerle, aunque, como es natural, hace lo posible para reconquistarlo, ha sido gracias a la unidad. Ella determinará también la imposibilidad de que reconquiste sus posiciones, porque la unidad será la fuerza motriz que nos dará el triunfo. Si queremos ir contra el fascismo y la guerra, tenemos que ir a la unificación de las fuerzas proletarias de todo el mundo. Nuestra responsabilidad ante este problema es enorme.

Si mañana surge una guerra como la anterior, la responsabilidad histórica de la F. S. L. será enorme, por no haber hecho la unidad ni haber creado los órganos adecuados que hubieran podido impedirla. Si triunfa el fascismo en algún nuevo país, nos alcanzará una gran responsabilidad que registrará la Historia.

La U. G. T., por todas esas consideraciones, se adhiere a la proposición de los camaradas noruegos, y pedimos a todos que levantando el corazón por encima de todas las pequeñeces, considerando que esperan nuestras resoluciones millones de trabajadores, se adhieran a la proposición, ya que ella no pide más que entablar unas negociaciones de unidad. Con ello interpretaremos un sentimiento profundo de nuestras masas. Que no caiga sobre nosotros una grave responsabilidad. Evitemos la lucha intestina contra los trabajadores. Que podamos marchar unidos hacia la implantación de un nuevo régimen de verdadera justicia social que todos anhelamos.»

DISCURSO DE LARGO CABALLERO • LONDRES, JULIO 1936

EDICIONES

P. S. O. E.

EN P R E N S A :

"EL NACIMIENTO DEL FASCISMO EN ITALIA DE 1918 A 1922", POR A. ROSSI

El mejor análisis político-social de los acontecimientos que dieron la victoria a Mussolini.

(UN TOMO DE 340 PAGINAS. PRECIO: 15 PESETAS)

"INFORME ANTE EL INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES" POR JAIME VERA

La obra del teórico más ilustre que ha tenido el socialismo español. Calificada por Juan José Morato como "superior al propio Manifiesto Comunista"

(UN FOLLETO. PRECIO: UNA PESETA)

PROXIMA PUBLICACION:

"ANTICIPACIONES" ARTICULOS Y DISCURSOS DE INDALECIO PRIETO

"NEGRIN Y ALVAREZ DEL VAYO, DOS SOCIALISTAS EN GINEBRA"

AUTOBIOGRAFIA DE INDALECIO PRIETO
"COMO FUERON Y COMO DEBEN SER SIEMPRE LOS VERDADEROS SOCIALISTAS"

PEDIDOS A

EDICIONES P. S. O. E.

ENIDA 14 DE ABRIL 413 - BARCELONA

DESCUENTOS EN LOS ENVIOS AL FRENTE,
A BENEFICIO DE LAS BIBLIOTECAS DE BATALLON



GRAFOS, COLECTIVIZADA

DURANTE ESTOS DIAS SE REUNE EL PLENO
NACIONAL DE NUESTRO PARTIDO, HE AQUI
DOS FASES DE LA PRIMERA REUNION

